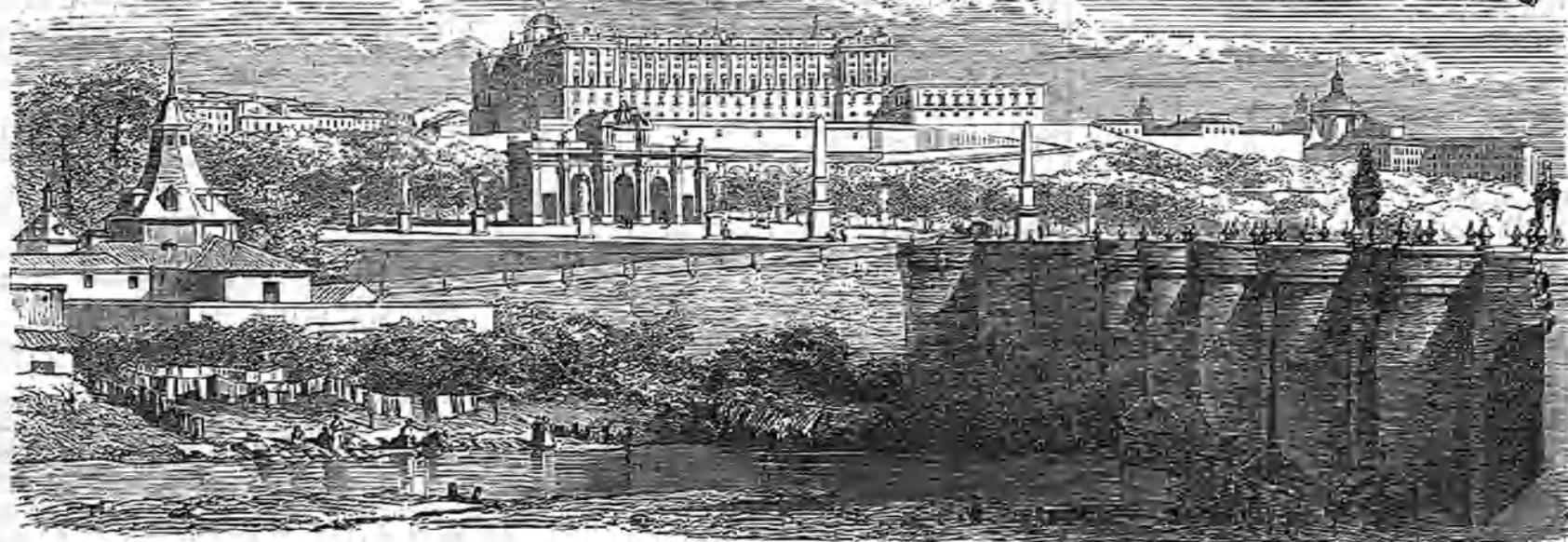


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE MAYO DE 1870.

NÚM. 9.º

SUMARIO.

Texto.—Ecos, por D. Isidoro Hernandez Flores.—El Dos de Mayo en Madrid, por E.—La cruz del Mayo, por el mismo.—Ramon Lull (Raymundo Lullio, considerado como alquimista. Carta al Sr. D. José Ramón de Luaces, por D. José Amador de los Rios.—El conde de Villamediana. Apuntes sobre su vida y escritos (conclusion), por D. Manuel Juan Diana.—La hidrofobia en el hombre y los animales, por D. Faustino Hernandez.—San Juan de la Peña (recuerdos), por D. Joaquín Tamarit y Benedito.—Un golpe de Estado (cuento original), por D. P. Moreno Galiano.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuacion), por D. José Hernandez Brimon.—La romería de San Isidro (romance), por D. Emilio Alvarez.—Revista musical, por D. Emilio Arrieta.—D. Juan Valera y Alcalá Galiano, por E. G.—Palacio del duque de Ceada, en Madrid.—Noble: caballo de la propiedad del señor marqués de Valle Umbroso.

GRABADOS.—D. Juan Valera y Alcalá Galiano.—El Dos de Mayo en Madrid, procesion al cementerio de la Moncloa.—Sufragios por las víctimas sepultadas en el cementerio de la Moncloa.—Misa en Monteleon, antiguo parque de artilleria.—Casa de Daiz.—Aitar conmemorativo de las victimas en el Prado.—Palacio del duque de Ceada.—Noble, caballo de la propiedad del señor marqués de Valle Umbroso.—La romería de San Isidro.—Complot contra la vida del emperador de los franceses. Bomba Roussel.

ECOS.

En la última plana de nuestro periódico, ofrecemos á nuestros lectores un dibujo que representa una de las bombas cogidas en casa de los autores del *complot* fraguado contra la vida del Emperador de los franceses.

Esta bomba, conocida ya con el nombre de Roussel, es una especie de disco grande, de hierro fundido, bastante parecido á una galleta, cuya parte central fuere mucho ménos gruesa que los bordes. En el centro se ve salir la tabaja del pernio ó tuercas que une las dos caras del disco. Por todo el contorno salen de estrechas aberturas varias espigas. Estas espigas son esencialmente móviles, tienden á hundirse y sólo están contenidas en su movimiento de dentro á fuera, por la presión de las dos partes de que se compone la bomba.

Las muelles están fundidas con el resto y además muy cuidadosamente ajustadas. La materia en que están hechas, forma en el vacío interior tantas salidas como hendiduras tiene en el exterior.

La espiga superior forma una especie de piton, y sirve de punto de union á una empuñadura que sólo se puede asir con tres dedos. Este inconveniente hace difícil el manejo y trasporte del proyectil.

Nuestro dibujo representa la bomba abierta, y las dos partes del disco se encajan regularmente. Diez y ocho hendiduras semicirculares están dispuestas para recibir las espigas móviles.

El centro es un volúmen plano, circular y atravesado por un clavo redondo. Las dos partes del disco están ajustadas por medio de una tuercas que las atraviesa y que se cierra por la parte exterior.

En el espacio vacío hay colocados sin apoyo alguno cuatro tubos de cristal que contienen la materia explosible.

El choque violento de la bomba contra un cuerpo duro, basta para romper estos tubos; no obstante, para mayor seguridad ha colocado el inventor en cada una de las hendiduras un clavo, cuya cabeza está dentro y cuya punta está rota.

En el momento en que la bomba choca con algun otro objeto, se hunde uno de estos clavos, encuentra un tubo, le rompe y la explosion se sucede instantáneamente.

Su potencia es tal, que una sola de estas bombas podría derribar un edificio.

¡Qué goce supremo, qué esplendor, qué atraccion tan irresistible debe tener una corona cuando por ella se coloca impávido el ambicioso sobre un pedestal, que le amenaza convertirse en un horrendo cráter.



DON JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO.

En ninguna capital del mundo civilizado como en Madrid se ofrece á los ojos con tanta energia el contraste del lujo y la miseria.

Salid cualquier dia de fiesta por las afueras, observad los diversos cuadros que presentan, y recorred más tarde el paseo de Recoletos ó de la Fuente Castellana. El sol de la primavera ha reemplazado á la sombra del invierno; la poblacion se ha lanzado fuera de Madrid como un río helado que sale de madre al recibir los primeros besos del estío, y una animacion general reemplaza en los paseos del pueblo y en los de la aristocracia al silencio y soledad que en ellos antes reinaban.

¡Pero qué espectáculo tan diverso! Vuestros ojos quedarán deslumbrados ante aquella corriente de seda y terciopelo, de hermosura y de riqueza que se establece desde la Fuente de Cibeles á la de la Castellana; vuestra vista se desvanecerá con aquel incesante ir y venir de infinitos trenes que conducen, como en carros de triunfo, á hermosas mujeres y orgullosos personajes, y que pasan como arrebatados por un torbellino, dejándoos en el alma un inexplicable sentimiento de admiracion y envidia. Dad luego una vuelta por la Ronda, y sentireis el contraste en toda su fuerza. Entre el ruido y el polvo sin encantos que levanta algun ómnibus desvencijado, vereis grupos de viejas andrajosas y de sículos granujas, recostados en las tapas con indolencia, á modo

de lagartijas, que toman el sol; veréis en la puerta de algún mercedero unos cuantos aviados paseantes, haciendo entrar de mano en mano el clásico piporro, y una bandada de sicias; chiquitas os rodeará pidiéndoos una limosna por el amor de Dios, con ese horrible acento de los que tienen por oficio el ser desgraciados.

Y este contraste se ofrece aquí más vivamente que en otras capitales, porque en Madrid no se vive en casa, se vive en la calle; porque en Madrid se desconocen por completo esos gozos del hogar doméstico, que en otros países sin sol y de más ingrato clima forman el poema de la existencia y de la familia.

En Madrid la chaqueta es la casa del trabajador, la levita la oficina del empleado, el coche el palacio del aristócrata ó del banquero.

Me hacía yo estas reflexiones el domingo último, paseando desde la puerta de Alcalá á los Campos Elíseos, cuando reparé que al lado del camino había una gran hilera de gente contemplando algún espectáculo sin duda interesante.

Me acerqué, y lo era en efecto. Suspenso por las patas de una cuerda, á vara y media del suelo, estaba un pobre conejo, vivo aún, y enfrente, á gran distancia, unas cuantas personas le hacían blanco de una pelota.

Segun me dijo un buen señor que se encontraba allí de curioso, por cada pelotazo que le tiraban al conejo sin darle, se abonaba al dueño del tiro un cuarto; en el caso de dar en el blanco, el conejo pasaba á ser propiedad del agresor. Como el espacio entre éste y la víctima era grande, en todo el tiempo que allí estuve no vi dar al conejo ningún pelotazo.

—Me parece, le dije al señor antes citado, que es gran inhumanidad el colgar de las patas á un conejo vivo; más caritativo sería matarle previamente.

—Diré á Vd., me contestó, ninguno de los procedimientos es muy humanitario; pero si el dueño colgase muertos los conejos se perjudicaría en sus intereses. Con estos calores necesitaría reemplazar el conejo todos los días, mientras que así le dura á veces cada animalito dos ó tres semanas.

—En verdad que hace falta que se establezca una sociedad protectora de los animales.

—Tiene Vd. razón, me contestó mi interlocutor lanzando un suspiro, en que se revelaba un corazón sensible, tiene Vd. razón; es infame eso de colgar á un pobre conejo de las patas y tenerlo allí horas y horas hasta que un prójimo le deshace de un pelotazo... si yo fuera gobierno...

—¿Qué haría Vd. si lo fuera?

—¿Qué había de hacer, prosiguió, agarrarle y llevarle á mi casa! Precisamente mi mujer es una especialidad para guisar el conejo!

Afirmar y negar, ser ó no ser, sí ó no, hé aquí los dos polos del mundo moral.

Entre un sí y un no se encuentra colocado siempre el hombre. Cuando ama entre el sí ó el no de las niñas, cuando pretende un destino entre el sí ó el no de los ministros, cuando es emperador entre el sí ó el no de sus pueblos.

El plebiscito ha sido favorable á Napoleón III. Sin que yo aprecie la significación política de ese acontecimiento diré, que esta afirmación general de la Francia ha demostrado una vez más que el arte de obtener buenas respuestas consiste en... saber preguntar á tiempo.

Me leído en un periódico que los ingleses están amenazados de perder las islas Adaman, que tienen tres mil metros cuadrados de territorio. Los profesores conservadores de los jardines botánicos de Calcuta son los que han desentierro, á causa de la alteración progresiva de los vegetales y por la observación hecha en los troncos de los árboles, que dichas islas están próximas á irse á fondo.

En esta isla hay seis mil presidiarios.

Me parecería oportuno que el gobierno inglés dirigiese á esos seis mil prójimos la pregunta que Talleyrand hacía á madama Stael cuando ésta, esposa de un rival, le preguntaba á cuál de las dos se daría primero si se cesasen al agua: Talleyrand preguntaba á madama Stael:

Amiga mía: ¿Sabe Vd. water?

Gracias á las reformas hechas por la municipalidad de París en los principales barrios de aquella capital, el piso de las calles no es favorable como en otro tiempo para improvisar barricadas.

Los irconciliables franceses saben esto perfectamente, y como saben que la barricada es el arco de triunfo de la revolución, y que no puede haber revolución sin barricadas, han publicado el siguiente sencillo método de hacerlas sin necesidad de sacos de tierra ni de adoquines:

He aquí la receta tal como la publica la *Marsellesa*:

«Un medio hay para que las barricadas aparezcan como por encanto; consiste en hacerse diseños de una ó de varias casas, colocar en cada una de ellas un barril de pólvora de algodón bien comprimido, ponerle fuego á cierta distancia por medio de regueros de pólvora ó de baterías eléctricas, y las casas se derrumban, la vía pública se obstruye y el enemigo se detiene en su marcha.»

¡Y los vecinos del barrio, debió añadir el colega, emprenden la suya para el otro mundo!

Los mormones resisten con las armas á la ley que les prohíbe la poligamia.

Hé aquí una prueba de que en el Norte-América hay poco respeto á la ley.

En Europa ya es otra cosa. Dá Vd. un decreto prohibiendo á todos los hombres el casarse con una sola mujer y verá Vd. fielmente acatado el principio de autoridad.

Después de todo, como dice un autor árabe, es más fácil gobernar un buen rebaño, que una oveja mala.

¿Qué felicidad tan grande la de tener una docena de mujeres!

¿Qué grande desdicha la de tener una docena de suegros!

Ha sido contratado por la empresa del teatro de Jovelinos el ingeniero alemán D. Otto Postel, para dar varias representaciones del espectáculo titulado *Kalospiathechromakrove*, ó sea la Fuente maravillosa.

¿*Kalospiathechromakrove*?

¡Esto es el abecedario formado en orden de parada!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

EL DOS DE MAYO EN MADRID.

Las páginas de nuestra historia contemporánea están llenas de nombres y fechas más ó menos gloriosas, que en vano los diferentes partidos políticos se han afanado por perpetuar, decretando en su honor fiestas nacionales. Para que un acontecimiento ó una figura vivan con la vida de la gloria que prolonga su existencia al través de las generaciones, no basta un decreto de la *Gaceta* ó el acuerdo de una Cámara; es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo transmitan de padres á hijos, vistiéndolos, á medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda.

El Dos de Mayo en Madrid reúne todas estas condiciones, y por eso basta citar esa fecha gloriosa para que el pueblo recuerde el acontecimiento á que se refiere y los nombres y los más insignificantes detalles de los héroes que en él figuran.

Alguna vez se ha hablado de si es ó no político prolongar el recuerdo de una fecha que podría mantener vivo el espíritu de odio entre dos naciones vecinas. Las grandes virtudes excluyen las pequeñas pasiones; y el monumento del Dos de Mayo, por más que Nicolo Gallego dijese de él

Altar eterno sea
Desde todo español al grito jure
Recuerdo de muerte que en sus venas es vida
Y á cien generaciones se difunda,

el Dos de Mayo, repetimos, más que monumento de odio es ara levantada en honor del sentimiento de independencia, el más noble y el más digno de conservarse puro en un gran pueblo.

La cuestión ofrece, pues, muchos puntos de vista y no es seguramente el ménos ilustrado el de los que desean se conserve la costumbre de conmemorar en ese día los nombres de las ilustres víctimas que derramaron su sangre por el amor de la patria. Ni aunque se acordase quitar á esta ceremonia todo lo que pueda tener de oficial, el pueblo de Madrid olvidaría esa fecha. Acaso faltaría á la solemnidad el aparato de las corporaciones que á ella concurren, el del ejército que contribuye á su ostentación con su presencia y la anuncia con el estampido de los cañones; pero el pueblo de Madrid, que sabe de memoria la triste y gloriosa relación de aquellos acontecimientos, recorrería mañana como hoy esa espe-

de via-erucis cuyas estaciones recuerdan cada una el nombre de una víctima, repitiendo á sus hijos: este es el parque de Monteleón, teatro de la hazaña de nuestros padres; en aquel pequeño cementerio de la Moncloa duermen el sueño eterno los que cayeron bajo el plomo de los invasores en la Montaña del Príncipe Pío; junto á ese muro fusilaron un grupo de patriotas; allí reposan las cenizas de los improvisados jefes del movimiento; ¡esta es, en fin, la casa de Doñiz! Y una corona de siemprevivas puesta por una mano ignorada sobre la tumba de los héroes; un paño negro y una cruz, altar improvisado en el histórico rincón de una calle; una rama de ciprés suspendida de las humildes tapias de un cementerio, encontrando, como encontrarían siempre, eco profundo en la masa popular, valdrían tanto como las más ostentosas ceremonias oficiales, siempre, vanas y frías cuando no responden á un sentimiento que, sin distinciones de partidos, vive en el corazón de todo el país.

B.

LA CRUZ DE MAYO.

Con dificultad puede encontrarse un pueblo más apegado á sus tradiciones y costumbres que el pueblo de Madrid. Hablamos del verdadero pueblo. En Madrid hay dos grandes grupos de población: uno de gente febril é inquieta para la que no hay otro calendario que la *Gaceta*, ni más oráculo que la *Gaceta Oficial*; este grupo de gente oscila al compás de los sucesos políticos, vive en los círculos, en los cafés, en el salón de conferencias, hace cola á la puerta de la tribuna del Congreso, se desahoga en la antesala del ministro y lleva sus preocupaciones á la Fuente Castellana, su difícil digestión á los bufos ó su ayuno á los bancos de los paseos públicos, donde encuentra leche; esta es la gente que vive en el mundo del negocio, de la aristocracia y de la política; turba dorada ó miserable de banqueros, títulos, oradores, empleados, escritores, artistas, cesantes y vagoos para los que no hay fiestas, ni estaciones, ni santos, ni apénas día y noche.

Hay otro gran grupo de menestrales, artesanos, de gentes que viven de esos oficios sin nombre ó no viven de ninguno, que forma otro mundo social, el cual marca como un cronómetro el curso de las horas y los días del año, y con medio de las mayores preocupaciones y de los más grandes trastornos se acuerda de la fecha de las verbunas, de los días en que se coje la ballota en el Pardo, cuando florecen las lilas en el Retiro, se visitan los monumentos, se destripan las merlendas en el Canal, se celebra el santo patrón, se conmemoran los mártires de la Independencia ó se entierra la sardina.

El que ocasionalmente vive en Madrid ó aunque de asiento en él, no traspasa la barrera de ese no sabemos si medio ó cuarto de mundo cortesano que empieza en la Castellana y acaba en el Teatro Real, comprendiendo en su ámbito una media docena de calles, se encuentra á veces sorprendido por una mesa cubierta de un paño negro; sobre la mesa hay un crucifijo y dos velas, y al lado un hombre del pueblo ó un militar, cuyo uniforme sólo se encuentra ya en los figurines de la historia del ejército. Aquellas figuras austeras que le piden en tono grave una limosna para las víctimas; aquella bayeta oscura y aquella cruz, le dicen que ha llegado el Dos de Mayo. El podría haberle olvidado quizás, el pueblo de Madrid no le olvida nunca. Pero pasan veinte y cuatro horas. El cortesano siente que le detienen suavemente por la manga del paletot y oye una voz dulce, una voz de niña: *¡Caballero, un cuartito para la cruz de Mayo!* Vuelve la cara y... el altar no ha desaparecido, pero á los paños negros sustituyen telas vistosas de mil colores, digas y guirnaldas de verdura. La cruz está allí, pero sus desarmados brazos se han vestido de flores y alrededor de la mesa rodeada de macetas y cubierta de paños blancos y encajes, forman como un grupo de muchachas bonitas.

La manecilla del reloj ha dado dos vueltas en el horario, y el pueblo de Madrid, de la noche á la mañana, ha hecho, signifiendo sus invariables costumbres, aquella rápida transición.

La Cruz de Mayo es en la corte una contribución que no nos atrevemos á llamar voluntaria; con tal imperio la exigen sus lindas comisionadas de aprendizaje.

A las más pequeñas cobradoras, se las suele dar dos cuartos y un beso; á las mayores, se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

B.

RAMON LULL (RAYMUNDO LULIO).

CONSIDERADO COMO ALQUIMISTA.

CARTA AL SEÑOR DON JOSÉ RAMON DE LUANCO.

Madrid 23 de Abril de 1870.

Muy señor mío y de mi consideración: A la especial fineza que Vd. ha tenido la bondad de hacerme, dándome un ejemplar de su muy erudito discurso, pronunciado al ingresar en la Academia de Ciencias naturales y Artes de Barcelona, he debido la satisfacción de saber con cuánto anhelo y fortuna se consagra Vd. á dilucidar cuestiones oscuras y difíciles de nuestra historia científica y literaria. Éralo en verdad la de aclarar y discernir, con sana y luminosa crítica, si el hombre extraordinario que floresce en la segunda mitad del siglo XIII, llevando la fama y autoridad de su nombre á la siguiente centuria (1262 á 1316), se había dejado ó no arrastrar en la corriente de los embaydotes, que profanaban el santuario de la ciencia con las falaces abalacas de la alquimia; y bajo esta relación, no cabe dudar que ha prestado Vd. un verdadero servicio á la erudición patria, tomando por objeto de su expresado discurso al doctísimo mallorquín, Raymundo Lulio.

Con verdadero espíritu investigador,—bien que dominado exclusivamente del propósito de probar que teniendo Lulio, y expresado en repetidos pasajes de sus numerosas obras, una opinión contraria de todo punto á la alquimia, no podía abrazar la secta de los alquimistas,—entra Vd. en el campo de las pruebas, no sin conceder al filósofo de Mallorca cierto talento de observación, que le hacía grandemente apto para el estudio de la «filosofía natural», caracterizando todas sus auténticas producciones. Contradictorias y nada concluyentes parecen á usted, y con razón, las opiniones de los comentaristas y biógrafos de Lulio, en orden á su iniciación y aprendizaje en la llamada ciencia de los alquimistas; y alargándose únicamente á declarar que «fueron sus conocimientos químicos escasos y más teóricos que prácticos», en lo que me ha de consentir la duda, expone Vd. las principales doctrinas del filósofo español respecto de las operaciones de la naturaleza, para abordar de lleno la probanza de la proposición que sirve de base á su discurso.

De este trabajo, ensayado sobre muy principales obras de Raymundo Lulio, tales como el *Art p' sapientiam et gratiam Medicinam*, el *Liber demonstrativum*, el *Libro Felix ó maravillas del Orbe*, escrito en catalán, las *Questiones per artem demonstrativam et inventivam solubiles*, el *Arbor Scientie*, el *Ars magna generalis elementalis*, y finalmente el *Liber de novo modo demonstrandi*, obtiene Vd. las siguientes notables proposiciones:

1.º Un metal no puede convertirse en otro de especie diferente... Y si alguna vez se consigue dar la semejanza de un metal á otro, es como lo hace el pintor que representa en la tabla la figura humana, siendo así que ninguna congruencia hay entre la figura y la materia de la tabla en que está representada; cuya discordancia revela por qué la forma que el alquimista da á una materia extraña, en breve tiempo se corrompe.

2.º En la transmutación de un metal en otro, conviene que haya transmutación sustancial y accidental: esto es, que la forma y la materia se trasmuten con todas sus accidentales en sustancia nueva, compuesta de nuevas formas, materias y accidentales; y tal operación no puede hacerse artificialmente, pues para ello habría menester de todo su poder la naturaleza.

3.º No siendo posible á ningún artífice trocar un animal en otro, ó una planta en otra, tampoco es dado al alquimista transmutar una especie de metal en otra; y como la alquimia no está en la verdad de la cosa, y sea por el contrario objeto del alquimista el transmutar la plata en oro (no es cumplido este fin), porque jamás estuvo en la especie de la plata, en hábito y potencia, la especie del oro.

4.º La forma y materia del oro están en la imaginación del alquimista, como en la del médico la salud de un enfermo incurable; y así como en éste no es posible la salud, tampoco se puede dar á un metal aquello que no es de su naturaleza.

5.º La plata concuerda mejor consigo misma que con su transmutación en oro, porque semejante concordanza está dentro de la sustancia de la plata, y esto por apetito de la naturaleza, á lo cual se contraría al artificio del alquimista; de donde se desprende que la alquimia no está en la verdad de la cosa.

6.º Si consigue alguna vez el alquimista dar á la plata

el color, el peso y el sonido del oro, hácelo imperfectamente, porque con perfección no puede (esto) ser hecho.

7.º El arte no puede propiamente mejorar las obras de la naturaleza, ni hacer nada naturalmente mejor que la naturaleza.

8.º ¿Puede hacerse oro de la plata por medio de artificio?... Solución: El martillo no produce el clavo de sí mismo, ni el médico produce de sí mismo la salud en el paciente.

9.º ¿La alquimia es ciencia?... No; y se prueba así: supóngase que sea un gran bien, una gran verdad, que la alquimia no sea ciencia y que el comprender y apreciar esto sea un gran bien y una gran verdad; mas si la contraria suposición es verdadera, alguase necesariamente que el alquimista posee en consecuencia una gran fuerza y una gran verdad artificialmente, como si fuera agente natural; que por naturaleza lo tiene, y que al comprenderlo y apreciarlo así, es un gran bien y una gran verdad, lo cual es falso é imposible: luego dedúcese que la alquimia no es ciencia, sino ficción.

De todas estas conclusiones lulanias, y algunas más que pudieran tenerse en cuenta, conocidas sus obras, infiere Vd. que el docto Raymundo «consideraba aquel arte como una ficción y los trabajos de sus adeptos como embolismos y supercherias».—Lograda esta demostración, expresa Vd. la extrañeza que le produce el contradictorio juicio de historiadores y filósofos sobre el concepto, en que el R. Lulio consideró el pretendido arte de las transmutaciones, y en esta disquisición erudita, en que figuran al par ilustres escritores nacionales y extranjeros, con muy erudita nómina, ha tenido Vd. la bondad de mencionarme. Obligame ante todo la cortesía á dar á Vd. las gracias por este obsequio, con tanta mayor razón cuanto que, al dar á conocer á Raymundo Lulio, como uno de los más esclarecidos ingenios de los siglos XIII y XIV, en mi *Historia crítica de la Literatura española*, no era ni podía ser objeto de mis investigaciones y juicios el mere cultivador de la ciencia, atento y aún obligado principalmente á reconocer y quitarle cuanto debía la civilización patria al cultivador del arte. Así, aunque para elevarme á una verdadera síntesis, que ofreciese al lector idea cabal y entera del grande hombre, no podía desatender los servicios hechos por él á las ciencias de experimentación, cuyo talento le reconoce usted con discreción suma, todavía fueron para mí muy secundarios sus asertos y opiniones en el cultivo y conocimiento de aquellas.

Inclináme, no obstante, á conceder á Raymundo Lulio, bien que de pasada, el lugar que tantos y tan doctos varones le dieron en la historia de la química durante la edad-media, presupuesta la casi fabulosa fecundidad de su ingenio, que ha colocado su nombre entre los escritores polígrafos. De que no podían negárselo, como legítimos, los títulos de poeta y preceptista, de orador y filólogo, de moralista y jurisperito, de filósofo y teólogo, de matemático (astrónomo) y de náutico, de naturalista y de médico, respondían plenamente sus obras auténticas, aquellas de que no es posible dudar sin temeridad manifiesta. ¿Qué mucho, pues, si admitidos entre éstas algunos tratados químicos y recibido el nombre de Raymundo entre los de aquellos varones, que empezaron á sacar, durante la edad-media, de las oscuridades de la alquimia los principios experimentales que han fecundado en los últimos siglos la ciencia química,—rindiendo el tributo del respeto á los historiadores de esta ciencia,—no me pareciera algo muy natural y obvio el conservarlo en aquel puesto?... En él le dejé pues; y me complacer por extremo el observar que al honrar Vd. mi humilde nombre en su discurso, no olvida el consignar la distinción que yo hacía «entre los principios de la ciencia química y los sueños y delirios de la alquimia», cuando indicaba que «la química moderna no puede negar á Raymundo Lulio lugar distinguido en la historia de los descubrimientos de la edad-media».

Pudiera tal vez suponerse, apesar de esta espontánea, aunque justa, declaración de Vd., vistas las frases que la siguen, y en que Vd. asegura que yo cito como obras de Lulio «varios libros de alquimia» que se le atribuyen, el que acepta en algún modo la calificación de alquimista, con que nacionales y extranjeros universalmente le han distinguido, olvidando sus principales títulos á la admiración y al respeto de las generaciones.

Injuria notable sería para mí tal suposición, cuya injusticia se hace tanto más visible cuanto mayor ha sido mi empeño en dejar ergar al filósofo de Mallorca del apodo de alquimista, como había sido antes decidido y eficaz mi deseo en limpiar la gloriosa memoria del Rey Sábio, predecesor en varios conceptos de Raymundo Lulio, del borron con que todavía le afean, elogiándolo, los más afamados historiadores de las Ciencias químicas.

Mientras los doctos alemanes Erdemann Hopp, Guiliin y Hoöffer, vacilando unas veces y dejándose llevar otras en la general corriente, colocan al hijo de Fernando III entre los alquimistas del siglo XIII, dando así bulto á la extraviada opinión que le hacía autor del *Libro del Tesoro*, no rechazado, ni aún como sospechoso, por críticos literarios, tales como Sismondi, Puhlschke, Ticknor, Villemain, Viardot, Dozy, Menchet, Clarus y otros, cédome la hora de abordar de frente aquella cuestión, y aun creo que la fortuna de resolverla conforme á la verdad histórica. Tenia, en efecto, el *Libro del Tesoro* por único asunto la transmutación de los metales en oro, ó como si dijéramos, la soñada invención de la *pietra filosofal*, ardiente anhelo de los alquimistas; y para producir una demostración tal que desbaratase su paternidad, atribuida hacia ya cuatro largos siglos á don Alfonso X, necesario era poner primero de manifiesto las doctrinas profesadas por tan celebrado monarca respecto de la alquimia, y examinar despues críticamente el *Libro del Tesoro*. De este procedimiento, que veo con placer adoptado por Vd. en su discurso, en orden á Raymundo Lulio, era casi imposible dejar de obtener la luz apetecida, y así sucedió en efecto.

Si Vd. se sirva recorrer, aunque sea ligeramente, el cap. x del tomo II de mi ya citada *Historia crítica*, hallará sin fatiga, desde la pág. 518 en adelante, la exposición de uno y otro punto, las pruebas del error común de los que asociaron al Rey Sábio á los partidarios de la piedra filosofal, y la final consecuencia de que ni el nieto de la gran Berenguela fue alquimista, ni el *Libro del Tesoro* se compuso por él ni en su tiempo. El rey de Castilla no solamente no había caído en el lamentable error que se le imputaba, sino que de una manera solemne y en obra tal que estaba destinada á ser fadora de la justicia, del derecho y de la verdad, lo condenaba y proscribía enérgica y resueltamente.—Tres leyes ofrecia, en efecto, el Código inmortal de las *Partidas*, las cuales repneban abiertamente aquella ciencia vana: tratando en el título v de la *Partida II* «de como el rey non deve cobdiar á fazer cosa que sea contra derecho», decía en la ley xiv: «Et estonez cobdiaríe el rey la cosa que non podiase ser, quando quisiesse fazer por maestría lo que segunt natura, non se pueda acabar, así como el alquimia: et desta guisa darse ha por desentendido et perderia su tiempo et su aver.» Refiriéndose en la *Partida VI*, título iv, ley iv, á la vanidad de las que blasonan al morir de grandes riquezas, observaba: «Si dixiese el testador en su testamento.—«Establezco por mio heredero á fulan, si diere á tal iglesia un monte de oro, tal establecimiento como esta non vala; porque es puesto só tal condicion que se non puede cumplir de fecho, magiore que los alquimistas cuydan que pueden fazer oro, quando quisieren, lo que fasta en este tiempo non fue cosa manifesta á los omes.» La ley ix del título viii de la *Partida VII*, destinada á tratar del que face moneda falsa ó carezca la buena, terminaba con estas palabras:—«Esso mesmo deve ser guardado de los que falsificassen la moneda que toviessen mucho cobro, porque pareciesse buena, ó que ficiessen alquimia, engañando los omes é faciéndoles creer lo que non puede ser, segunt natura.»

Observe Vd., porque conviene mucho á la honra científica de D. Alfonso X, que mientras este sabio legislador calificaba en las leyes trascritas de necias (desentendidos) y de engañadores de los homes á los sectarios de la ciencia alquímica, florecia un Santo Tomás de Aquino (1227 á 1274), cuyo saber respeta la edad moderna, el cual creía en la transmutación de los metales*. Ni pierda Vd. tampoco de vista que por aquellas días eran quemados en Italia, á causa de haber falsificado la moneda valiéndose de la alquimia, un Griffolino de Arrazo y un Copocchio de Siena, á quienes pone el Dante en la *Divina Comedia* del Infierno*, haciéndoles declarar que usaron ambos en el mundo de la alquimia. El primero dice:

...Nell' ultima botgia dette diere
Me per alchimia, che nel mondo ussi,
D'omni nimos, etc.

El segundo añade:

...lo son l'ombre di Copocchio.
Che falsai la metalli con alchimia.

Admitiendo un genio de tal magnitud, como lo es el amante de Beatriz, estas hechas, con realidad histórica, es indudable que ya no sólo al escribirse las *Partidas* (1250 á 1273), sino medio siglo adelante, pues que Dante escribía la *Divina Comedia* en el xiv, la docta Italia seguía creyendo lo que el rey de Castilla, y los ilustres

* Traboschi, *Storia de la Letteratura italiana*, t. V, lib. II, capitulo II.
* *Divina Comedia*, Infierno, cap. XXIX.

varones que en sus obras legales le ayudaron, rechazaban como imposible.

Esto por lo que toca al concepto que D. Alfonso tenía formado de la alquimia. Respecto del *Libro del Tesoro*, probábase su impostura y falsedad, no tan sólo con el exámen artístico y filológico de tan peregrino poema, sino también porque los falsificadores ó impostores olvidaron, al fingir, las apariencias, y esto los ha delatado á los ojos de la sana crítica. Suponiase escrito en efecto el *Libro del Tesoro* por los años de 1272, asegurándose en el prólogo del mismo, que el rey de Castilla había dejado en tal fecha de ser emperador, y con no mayor conocimiento de las cosas históricas, contábase el año no por la *Era del César*, sino por el nacimiento de Cristo, en esta forma: "Fué hecho este libro en el año de la nuestra salud MCLXXII." Siendo tan groseros estos errores y anacronismos, pues que tres años después de 1272 proseguía el rey Sábio intitulándose Emperador de Alemania, y hasta el de 1381 "se contaron en España las historias é los fechos que acaescieron por la Era de César", lo cual sucede igualmente con los documentos de la rúgida cancellería, es de todo punto evidente la superchería usada en la redacción del *Libro del Tesoro*, desapareciendo por tanto del catálogo de los alquimistas del siglo XIII el nombre de Alfonso X.

Ni había yo prestado mayor fé á la general opinión, que adjudicaba igual título á Raymundo Lulio, por más que hallase aquella tan bien apadrinada y defendida, y no se me ofreciera la ocasión de realizar por mí, respecto de las obras alquímicas que se le atribuían, análogo trabajo al ensayo sobre el libro poético del *Tesoro*, por no tener igual condición literaria las obras tenidas por lulianas. Sólo traté, en virtud de esta causa, y según apunté arriba, de una manera secundaria lo relativo á la alquimia, hablando de varón tan señalado; y sin embargo, Vd. recordará que sobre la autenticidad de los libros que andan con su nombre, decía textualmente: "No creemos que se haya pronunciado en el particular la última palabra." En orden á las creencias alquímicas del autor del *Ars magna*, no podían dejar duda mis declaraciones, cuando descubrió: "De notar es que si Raymundo Lulio descubrió algunas leyes principales de la materia, y si creyó en la *amelioración* de los metales, tarea á que se dice hubo de consagrarse durante su permanencia en Inglaterra, ganando reputación de alquimista, no puede ser confundido con el vulgo de los que corrían desatinados tras la piedra filosofal, transmutando en oro los metales más villos. Contra éstos parecía protestar, al decir en su *Ars magna*: *Elementaria habet aeras conditiones, et una species non se transmutet in aliam speciem, ut in isto passu alchemistae docent, et habent occasionem ferendi*." No creo que es dado confundir aquí lo hipotético con lo afirmativo.

Después del excelente trabajo que Vd. ha realizado en su discurso académico, y que ha dado ocasión á esta mi epístola, creo, sin embargo, más firmemente que antes,

que no hay motivo para retirar, ni aun para enmendar siquiera semejantes observaciones, las cuales pueden reducirse á estas concretas y breves fórmulas:

1.º De Raymundo Lulio se dijo y se dice que ganó grande reputación de alquimista.

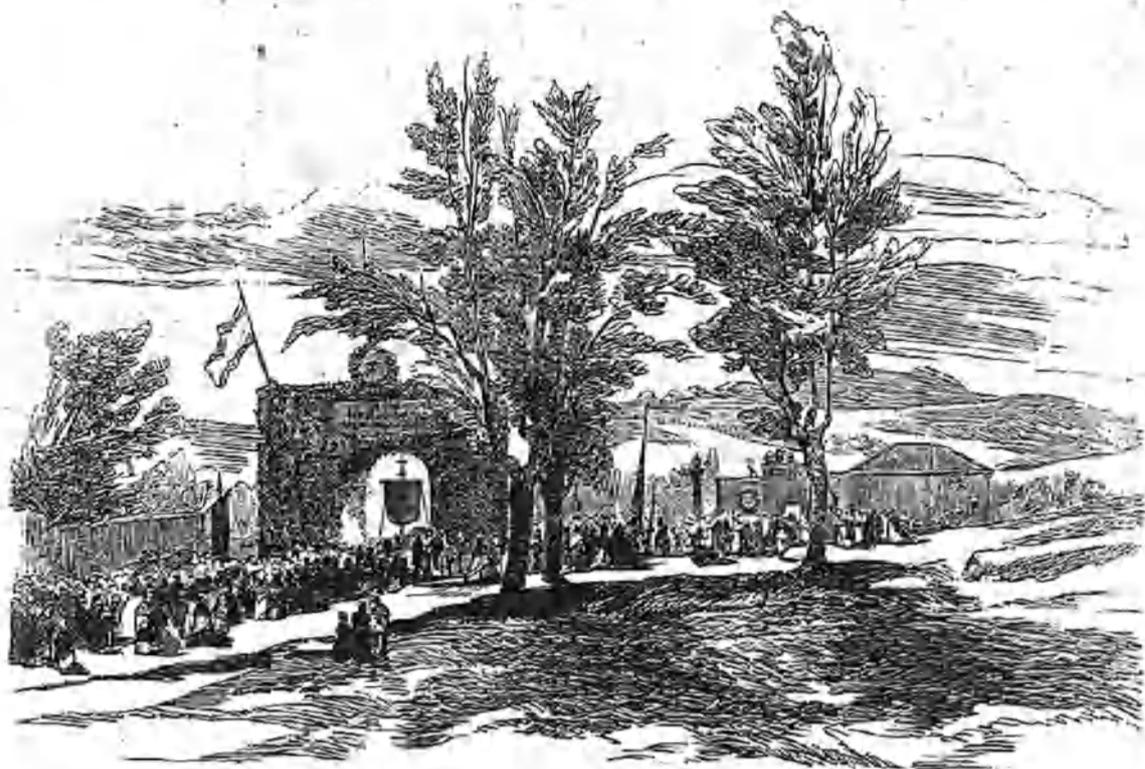
2.º Raymundo Lulio protestó, no obstante, contra los que en su tiempo ejercían la alquimia, fundado en la

men de las obras de Lulio, que fuera temeridad el abrigar la más leve duda. Respecto del tercero, me ha de permitir Vd. que le exponga algunas indicaciones, deducidas de los mismos pasajes lulianos que arriba quedan transcritos, atreviéndome á insinuarle que en este particular estriba la diferencia que advierto entre la opinión del Rey Sábio y la doctrina de Raymundo. Alfonso X de Castilla, si concede el hecho de que podía "hallarse la moneda que toviere mucho cobre, porque pareciese buena", lo cual sucede por desdicha todavía, niega rotundamente la *transmutación* de los metales, aspiración suprema de los alquimistas: para él es siempre el arte de éstos impotente y mentiroso. Raymundo Lulio niega la transmutación por razón filosófica y científica: en todas las proposiciones, que Vd. tan oportunamente ha traído al debate, sostiene que no es posible la *transmutación* de un metal en otro, ni sustancial, ni accidentalmente, y este es, en verdad, su principal argumento, como es también el martirio de los alquimistas; pero mientras esto asienta y defiende, con sistemática repetición, desliza en sus

mismas proposiciones la indicación afirmativa de que los partidarios de la piedra filosofal alteraban bajo tres aspectos la forma de los metales, cosa que sólo admitía el Rey Sábio respecto del color (la tintura).

Examinando atentamente las mencionadas proposiciones que arriba van transcritas, vemos, en efecto, que la primera termina, asegurando "que la forma que el alquimista da á una materia extraña, en breve tiempo se corrompe". En la sexta leemos: "Si consigue alguna vez el alquimista dar á la plata el color, el peso y el sonido del oro, hácelo imperfectamente, porque con perfección no puede esto ser hecho." Se ve, pues, que no ya sólo respecto del color, sino también del peso y del sonido, lo que era mucho más difícil de conseguir, admitió Lulio la posibilidad de que los alquimistas llegasen á mejorar los metales, aunque esta *amelioración* fuere tan accidental y pasajera que en breve tiempo desapareciese. ¿En qué consistía, pues, esta *amelioración* que, si bien imperfecta y más aparente que real, no por eso dejaba de ser conocida?—Sin duda no era un simple dorado (*deauratio*) como el practicado desde la antigüedad, ni como el empleado por los pueblos de América antes de su descubrimiento, porque alteraba las leyes del peso y del sonido. Tampoco podía ser, por esta misma razón, una operación galvánica. ¿Qué era, pues, lo que, en concepto de Raymundo Lulio, no operaba una verdadera transmutación, y lograba, no obstante, alterar el color, el peso y el sonido de la plata en manos de los alquimistas?

Perdóneme Vd. si conceptuándole no sólo iniciado, sino docto en la ciencia química, según muestra en su erudito discurso, me atrevo á dirigirle esta pregunta. A mí no me es dado conocer de estas cosas, sino bajo una relación meramente especulativa: necesito, pues, para ilustrar mi juicio, de ajeno criterio, muy ejercitado en este linaje de estudios. ¿Se negará Vd. acaso á hacerme este obsequio, que sobre no ser para Vd. muy costoso, dadas sus naturales aficiones y sus habituales



EL DOS DE MAYO EN MADRID.—PROCESION AL CEMENTERIO DE LA MONCLOA.



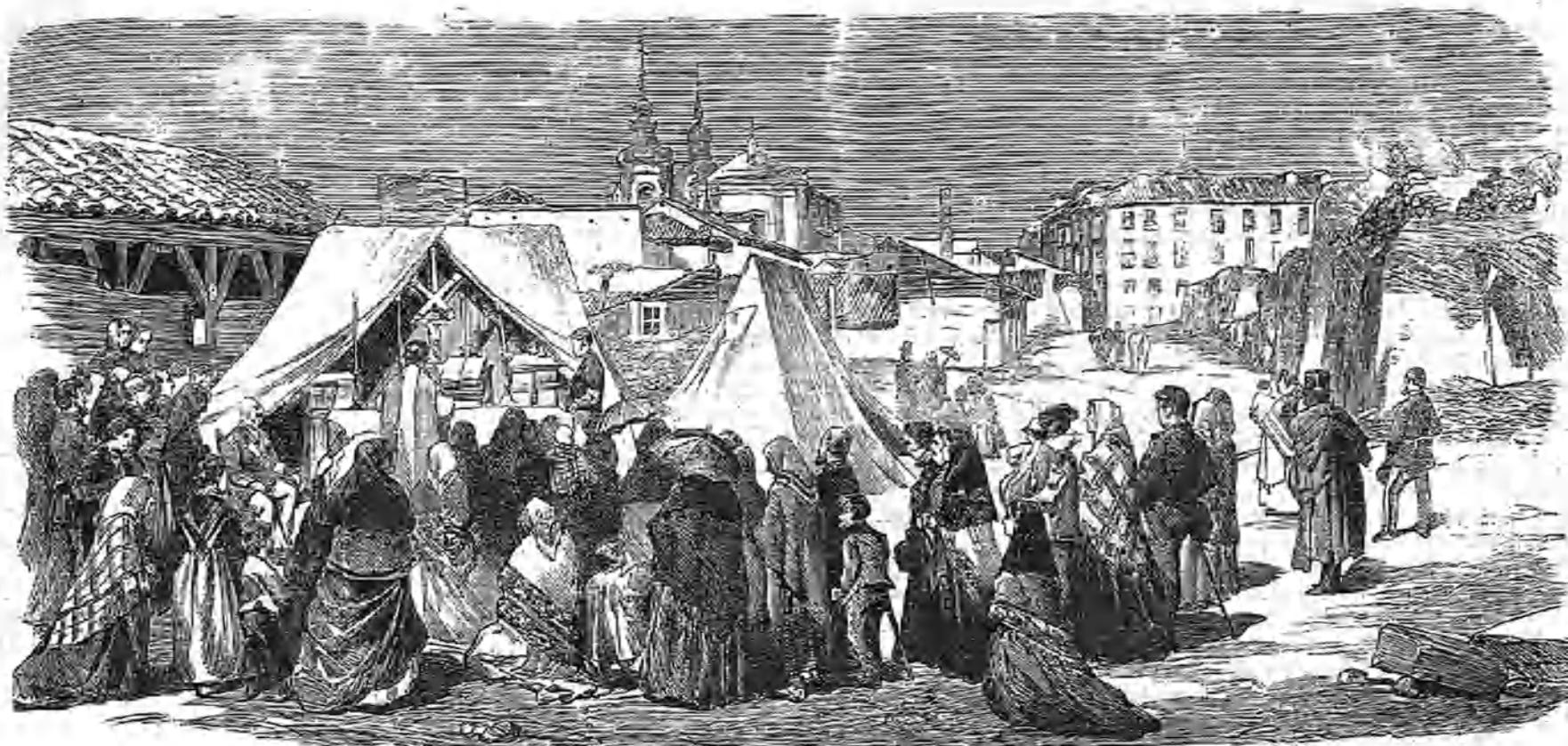
SUPRAGIOS POR LAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO, SEPULTADAS EN EL CEMENTERIO DE LA MONCLOA.

doctrinas de que no se transmuta y truce en otra una especie dada.

3.º Raymundo Lulio, apesar de esta creencia, fundada en la razón natural, admitió como un hecho práctico, aunque de poco efecto, la *amelioración* de los metales (la plata).

Ociosa me parece toda discusión respecto del primer punto. En cuanto al segundo, he obtenido Vd., merced á su loable diligencia, tales y tantas pruebas del exá-

* *Historia crítica de la literatura española*, t. IV, pág. 108.



EL 8 DE MAYO EN MADRID.—MISA EN MONTELEON, ANTIGUO PARQUE DE ARTILLERÍA.



CASA DE DAOIZ EN LA CALLE DE LA JERNERA



ALTAR CONMEMORATIVO DE LAS VÍCTIMAS EN EL PRADO.

tareas, habrá de ganarle también la consideración de los que, como yo, anhelan, y no pueden por sí mismos penetrar ciertos secretos de las ciencias.—No baré á Vd. la ofensa de temer que acorja con el silencio esta mi súplica: ántes me halaga la esperanza de que, reconociendo ya el concepto que tanto Alfonso X como Raymundo Lulio tenían formado de la alquimia, como ciencia, autorizando aquel proloquio vulgar, que dice: *Alquimia probada; aver venta et non gastar nada*,—habremos de saber al cabo lo que era la verdadera alquimia; arte ó procedimiento empírico, que si no alcanzaba á transmutar los demás metales en oro, alteraba el color, el peso

y el sonido de la plata, dándole la apariencia de aquel, siquiera fuese pasajera y corruptible.
Repito, que teniendo por verdaderas las declaraciones de Lulio, me congratulo con la idea de que ha de darles fácil y satisfactoria explicación quien, como Vd., ha logrado exponer de lleno su doctrina, en orden á la alquimia, considerada como ciencia, y sobre todo demostrar que son apócrifos los libros que hasta ahora se le han atribuido, respecto de este linaje de conocimientos. Porque, justo es adjudicar á Vd. el galardón de que le hacen merecedor sus trabajos, y yo le felicito ingenuamente por ello: dado el exámen crítico con que Vd. pone

fin á su estimable discurso, no es ya posible permanecer en la duda respecto de la autenticidad de los expresados libros. Ni el *De secretis natura, seu de quinta essentia*, ni la *Epístola accuratationis lapidis philosophorum... ad Regem Robertum*, ni el *Testamentum novissimum*, ni el *Liber experimentorum*, ni los demás opúsculos de igual arte y jaez, que han llegado á nuestros días con el nombre de Raymundo, pasan de ser otros tantos engendros de los sectarios de la falacia alquímica, quienes, así como los fautores del *Libro del Tesoro*, falsamente atribuido al Rey Sábio, cayeron al trazarlos en tan groseros errores históricos y cronológicos, que no han podido re-

sistir la luz de la verdad, á cuyos resplandores los ha expuesto la crítica de Vd., con singular acierto y perspicacia.

Termino esta epístola, á que ha dado acaso excesiva extension el placer que me ha producido la lectura de su discurso, dando á Vd. y á la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona la más cordial enhorabuena. Para quien sabe, por una larga experiencia, cuán profundamente arraiga el error en el ánimo de los hombres, cualquiera que sea el estado de su cultura; para quien ha estudiado y reconocido, no sin honda tristeza, cómo cunde y se propaga siempre con grandes creces, de generacion en generacion, librando sus triunfos en la flaqueza y la indolencia de nuestro pobre espíritu; para quien conoce, en fin, prácticamente cuán difícil es erradicarlo y desvanecerlo, dificultad que se hace mayor y casi invencible á medida que hablan en el hombre con mayor imperio la presunción de la sabiduría y el orgullo del talento, siempre será acción noble y meritoria el ver acometida generosamente la empresa de combatir añejas y doctas preocupaciones, como se hará envidiable y altamente preciada la fortuna de estirparlas. De hoy más no será ya dado á ninguno, sin merecer título de contumaz ó de relapso y sin exponerse á victoriosa contradicción, el afirmar que creyó Raymundo Lulio en la alquimia, considerada como ciencia, ni el suponer por tanto que pudo ejercitarla. La España de los siglos XIII y XIV, representada primero por la nobilísima figura de Alfonso X de Castilla, y personificada después en la muy simpática del filósofo de Mallorca, puede con justo título gloriarse, merced á la ilustracion de tan esclarecidos varones, de no haber recibido el yugo de los soñadores en la alquimia, yugo que gravitó por largas centurias sobre el cuello de otros pueblos, los cuales nos motejan ahora de tardíos y rebacios en el cultivo de las ciencias.

Tengo la honra de ofrecer á Vd. las muestras de mi consideracion más distinguida, como su afectísimo servidor Q. B. S. M.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

APUNTES SOBRE SU VIDA Y ESCRITOS.

(Conclusión.)

En manuscritos de la época hallamos con visos de verdad que el matador de el conde, rendido acaso al de Oliveres, se llamaba Ignacio Mendes, natural de Huesca, quien en premio de su crimen, fué nombrado guarda mayor de los reales bosques, empleo que no disfrutó mucho tiempo, pues murió envenenado por su propia mujer Micaela de la Fuente. Otra version supone que el matador fué Alonso Mateo, ballestero del rey. Bien poco importa por cierto la averiguacion del nombre de un asesino, pero interesa saber quién movió su brazo. Todos los indicios nos demuestran que el impulso venia de personas de más elevada gerarquía que los perpetradores del crimen. Y cuando con tal exposicion de su vida, en medio de una calle concurrida, se atravesaron á consumarle, seguros deberian estar de la impunidad en el caso de ser aprehendidos. Esta abominable costumbre de deshacerse de un enemigo era cosa corriente en aquellos tiempos. Algunos años antes, en la misma calle, habia sido muerto también alevosamente el secretario Juan de Escobedo, y todos saben á quién se atribuye esta desgracia.

El lamentable suceso de Villamediana conmovió en pocas horas á toda la corte, y de todas partes acudían á su casa á ver su cadáver ensangrentado. D. Francisco de Quevedo en sus *Anales de quince días* nos dice: «Su familia estaba atónita, el pueblo suspeso, y con verla sin vida, y en el alma pocas señales de remedio... tuvo su fin más aplauso que misericordia. Tanto valieron los distraimientos de su pluma, las maticias de su lengua; pues vivió de manera que los que aguardaban su fin... tuvieron por bien intencionado el cuchillo! Y hubo personas tan descaminadas en este suceso, que nombraron los cómplices y culparon al príncipe, osando decir que le introdujeron el enojo por lograr su venganza; que su orden fué que le hiriesen, y los que le daban la creacion en muerte, abominando el engaño tanto como el delito... Otros decian, que pudiendo y debiendo morir de otra manera por justicia, habia sucedido violentamente, porque ni en su vida, ni en su muerte hubiese cosa sin pecado. Solicitar uno su herida y su desdicha con todas sus coyunturas, y el castigo con todo su cuerpo, y no prevenirse, fué decir: *ni la justicia ni el odio han de po-*

der hacer en mí mayor castigo que yo propio. Y todo lo que vivió fué por culpar á la justicia en su remision, y á la venganza en su honra; y cada día que vivía y cada noche que se acostaba, era oprobio de los jueces y de los agraviados... La justicia hizo diligencias por averiguar lo que hizo otro á falta suya, y sólo así se halló por culpada en haber dado lugar á que fuese exceso lo que pudo ser sentencia...

Cruel y despiadado está Quevedo con el infortunado Villamediana, y aún cuando los extravíos de éste son grandes, pudierase apasionado su juicio, si recordamos la rencorosa enemistad que los separaba, por haber escrito el conde contra el duque de Osuna, de quien aquel habia sido secretario y era amigo, llamándole traidor, moro, hereje, y otras cosas por el estilo.

Y es tanto más extraña la sangrienta censura de Quevedo, con la cual contribuyó no poco á hacer odioso el nombre del conde, siendo así que él mismo publicaba escritos contra los gobernantes y costumbres de su tiempo, por lo cual fué encerrado en un calabozo; siendo así que es suya aquella sátira en que se lee:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Nunca se ha sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Recordáanos la conducta de Quevedo con Villamediana el vulgar adagio ¿quién es tu enemigo?—El de tu oficio;—de otro modo no se comprende su ensañamiento, aun á vista de haber quedado toda la sangre de la noble víctima en el arroyo, sin que le quedase apenas en el cuerpo, como se lee en los referidos *Anales de quince días*.

El entusiasmo que nos inspiran las obras del inmortal Quevedo, no amengua en nada el mal efecto que nos producen las líneas que dejamos copiadas de sus *Anales*.

Varios ingenios dejaron correr sus plumas, tomando por asunto la trágica muerte del satírico poeta, y á fuer de imparciales trasladaremos las más notables, sean en pró ó en contra del personaje que las motiva.

DECIMA ATRIBUIDA Á LOPE DE VEGA.

Aquí, con hada fatal,
Yace un poeta gentil;
Murió casi juvenil
Por ser tanto juvenil.
En toco y fiero punal
De su edad desflora el sentir:
Rindió al acero tributo:
Pero no es la vez primera
Que se haya visto qué manera
Cesar al poder de Bruto.

OTRA ATRIBUIDA SIN FUNDAMENTO Á DON LUIS DE GÓNGORA.

Mentidero de Madrid*,
Decidnos quién mató al conde,
—Ni se sabe ni se acordó:
Sin discurso disculpó.
Dicen que le mató el Cid,
Por ser el conde Lozano.
—¿Disparate chavacano!
Lo cierto del caso ha sido,
Que el matador fué vestido,
Y el impulso soberano.

OTRA DE DON JUAN DE ALARCÓN.

Aquí yace un maldiciente
Que haeta de sí dijo mal,
Cuya ceniza inmortal
Sepulcro ocupa decente.
Memoria dejó á la gente
Del bien y del mal vivir:
Con fiero vino á morir,
Bando á todos á entender,
Cómo pudo un mal hacer
Acabar su mal decir.

OTRA DE DON ANTONIO DE MENDOZA.

Yace en perpetua quietud
Debajo este mármol duro
Aquel que habló lo más puro,
Y menos de la virtud,
En su fúnebre ataúd
Le puso un golpe fatal:
Dicen por cierta señal

* *Mentidero de Madrid* llamaban á las gradas de San Felipe y ellas concurrían diariamente á conversar de política y de los sucesos del día Lope de Vega, Quevedo, Villamediana, y los demás poetas de aquel tiempo, que eran el núcleo de aquellas reuniones á las que concurrían palaciegos, militares de alguna graduacion y otras personas de viso, debajo de estas gradas estaban las *cochinitas* que todavía hemos conocido y eran como las que aún afean la calle del Carmen. La parte más florida de aquella reunión solía guardarse de noche, ya cerradas las gradas, en una de aquellas tiendecillas, cuyo dueño dedicado á la venta de sedas y cintas al por mayor era aficionado á la literatura y amigo de los poetas. Las noches de verano sacaban sillas á la calle y sentados á la luz de las estrellas se constituían en tertulia; salidos que entonces crecía Madrid de café y sus de botillerías y alocerías, cuya novedad comenzó á introducirse á principios del siglo último.

Los que así muerto le ven
Que, porque dijo mal bien,
Dejó la vida bien mal.

OTRA DE DON JUAN DE JAUREGUI.

El oficio, á quien traidor
El corazón le quitais,
Dice: quién sois, pues quedais
Sin el Correo Mayor,
El ser ladrón del honor,
Que bárbara lengua infama,
Segun lo que el mundo clama,
Os puso en tan triste suerte,
Que es justo que den la muerte
Al que fué ladrón de fama.

LOPE DE VEGA DECIA EN UN SONETO.

Al que en ajenas vidas se ha metido,
La propia le sacó su atrevimiento.

Muy agraviada tendría el conde á la sociedad con sus escritos y costumbres, para que se desatasen contra él en semejantes términos, sin considerar que con morir á manos de un alevoso habia sobradamente expiado todos sus extravíos, que deben perdonarse en el momento supremo de la muerte.

Hubo también vates cuya noble y generosa pluma se consagró á la memoria del de aquella desgracia, y nosotros nos complacemos en trasladarlos aquí, como una lágrima derramada sobre la tumba del infortunio.

DECIMA DEL DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE AMÉSCUA.

Ayer fué conde, hoy soy nada;
Fuí profeta, y vi en mis días
Cumplidas mis profecias,
Mi verdad autorizada.
De algun villano la espada
Corto la flor de mi edad;
Y Madrid, con su piedad,
Me tiene canonizado,
Pues dice que me han quitado
La vida por la verdad.

OTRA DEL MARQUÉS DE ALENQUÉRE.

Aquí yace quien tal mal
Usó del saber tan bien,
Y quien nunca tuvo quien
Le fuese amigo leal.
El fue señor sin igual,
Invencible en el valor,
Águila que al resplandor
Del sol se opuso tan fuerte,
Que no le causó la muerte
La muerte, sino el valor.

OTRA DE DON TOMÁS TAMAYO.

Yace aquí en común dolor
El finis de gentileza,
El sol que dió la grandezza,
Clara luz de su esplendor,
El primero en ser señor,
Humano, grave y discreto;
El ingenio más perfecto,
A quien la envidia codicia,
Si todo junto no fuera
De sufrir causado objeto.

El cadáver del conde fué conducido á San Felipe el Real, y desde este convento á Valladolid, dándole sepultura en la bóveda de la capilla mayor del de San Agustín, patronato de la casa de Osuna. Muchos años después, al ir á destapar su sepulcro, se halló el cuerpo incorrupto.

El año de 1629, siete después de la muerte del poeta, se coleccionaron sus versos, excepto los que habia escrito en ofensa de determinadas personas; se publicaron en Madrid, y se reimprimieron en el mismo año en Zaragoza y Alcalá. En esta última ciudad volvieron á imprimirse en 1634.

Corregidos y aumentados volvieron á salir á luz en Madrid en 1634, 1635, 1643, y en Barcelona en 1648. Corren además otras varias ediciones.

Sus composiciones satíricas, mordaces y virulentas, están coleccionadas manuscritas en la Biblioteca Nacional de esta corte y en otras. Inéditas hasta hace pocos años, casi todas han visto ya la luz pública, supuesto que los siglos han hecho desaparecer las causas que impedían su publicacion.

Hemos procurado trasladar aquí las más principales, para dar una completa idea de este personaje, considerado como poeta satírico y epigramático, áspero censor de los gobernantes de su época, y eterno murmurador de vidas ajenas.

Triste ejemplo para los que, llevados del culpable deseo de zaherir al prójimo, emplean su ingenio en sacar despiadadamente á plaza sus defectos.

De malísima fama goza en verdad Villamediana, y esto se explica naturalmente, si reparamos en que combatiendo con implacable encarnizamiento á la mayor parte de los personajes que en su época rigieron los principales cargos de la monarquía, necesariamente ha-

hija de granjearse enemigos, que de palabra y escribió le pintaron con esos repugnantes colores que la tradición y la historia han hecho llegar hasta nosotros.

Quisieramos, antes de terminar estos apuntes, fijar la atención por un momento en las verdaderas causas que á nuestro modo de ver originaron su desastroso y lamentable fin, y no son otras que las iras que se desencadenaron en los ministros de Felipe IV por las sátiras que el poeta hizo de sus actos públicos y privados.

Vuelto en una ocasión del destierro á que había sido condenado por unos versos, pinta de un sólo rasgo en un paredado su posición y época:

Ya que en mis propios escarmentos hallo
Que es más culpa el decirlo que el obrarlo.

Las vagas suposiciones de sus amores con la reina carecen, como hemos dicho, de fundamento, y si procuramos adivinar de dónde pudieron nacer, las creemos esparcidas por la misma mano que asestó el puñal contra su pecho, pues atribuyéndolo á falta de respeto y sobrado desacato á la majestad, al paso que cohonestaba el hecho, apartaba las sospechas al verdadero móvil que le consumaba.

Un escritor insigne, un varón ejemplar por la rectitud y pureza de sus costumbres, Mira de Améscoa, su fin, canónigo de la catedral de Guadix, á quien llama Cervantes *hombre singular de nuestra nación*, arrostra los peligros de que iba á ser blanco, haciendo propia la causa de Villamediana, y algunos meses después de la catástrofe, pone en su boca aquellos sentidos versos:

Y Madrid, con su piedad,
Me tiene canonizado.
Pues dice que me han quitado
La vida por la verdad.

Esto cuando ménos nos demuestra que, si el conde poeta pudo hacerse odioso, siempre que sagrimió la sátira contra el sagrado de la vida privada, se granjeara las simpatías de los verdaderos amantes del orden y de la justicia siempre que censuraba, siquiera fuese con acrimonia y virulencia, los desafueros cometidos por los ministros y favoritos de aquellos reinados.

Aparte de todo, Villamediana, sin ser uno de los primeros poetas que enriquecen el parnaso español, merece ocupar en él un buen lugar, y es sensible que una época de corrupción y desgobierno sacara de su natural y sosegado curso el raudal caudaloso de las más puras y cristalinas aguas.

Concluiremos trasladando aquí cuatro versos que, aludiendo á su muerte, corrieron desde entonces entre el vulgo, y han llegado hasta nosotros:

A Juanillo le han dado
Con un estoque
¿Quién le manda á Juanillo
Salir de noche?

El trágico fin de este personaje acaba de servir de asunto al distinguido artista D. Manuel Castellano, que ha sabido con valiente pincel y agradable composición trasladar al lienzo, con admirable verdad, tan triste y dolorosa escena.

M. J. DIANA.

LA HIDROFOBIA EN EL HOMBRE Y LOS ANIMALES.

En tanto que el Alcalde popular de Madrid publicaba el bando de costumbre ordenando que se propine desde 1.º del actual la estrigina á los perros vagabundos, se disentan en la Academia de Medicina de París las causas que producen la rabia y se daba á conocer el resultado de la investigación general, comenzada en Francia hace años, acerca del desarrollo de esta terrible enfermedad en el hombre y los animales.

Segun este trabajo estadístico, leído en la Academia por Mr. Bouley, de 320 personas mordidas por perros rabiosos, 129 han experimentado los accidentes rábicos y han sucumbido; 123 no han tenido novedad y 68 no han sido observadas por los médicos y se ignora cómo han terminado.

Estas diferentes cifras dan por resultado; 40,31 por 100, defunciones; 38,44 por 100, curaciones, y 21,25 por 100, casos cuya terminación no se ha seguido.

Entre las 320 personas mordidas, había 203 hombres, 81 mujeres y 33 cuyo sexo no se ha determinado en la investigación.

De 274 casos en los cuales ha podido fijarse la edad, 97 se refieren á niños de cinco á quince años, habiéndose justificado solamente 36 defunciones, es decir, un 26,30 por 100; en otras edades la proporción es de un 50, y aun de un 80 por ciento.

¿Por qué disfrutan los niños de cierta inmunidad?

¿Están ménos expuestos que los adultos á contraer la hidrofobia? ¿Influye la preocupación en el desarrollo de esta enfermedad?

Muchos autores se inclinan á creer que los niños están ménos expuestos á absorber el virus rábico; mas no admiten la influencia de la preocupación en los efectos de una enfermedad virulenta. Es posible que el miedo extravíe la razón y produzca en el hombre accidentes téticos, que simulen la hidrofobia; pero, si no se ha absorbido el virus rábico, desaparecen esos ataques, tan pronto como cesa la agitación moral y se tranquiliza el enfermo.

De los 320 casos de hidrofobia señalados en la citada estadística, las mordeduras de perros han producido 284, las de perros 26, las de gatos ó gatas 5 y las de lobos ó lobas otros 5.

No se ha observado ningún caso que haya podido atribuirse á animales herbívoros, ni á las aves de corral, pues si bien el vulgo cita algunos ejemplos, tal aserto necesita confirmación para ser admitido por la ciencia.

Con respecto á las estaciones, se han observado 89 casos en la primavera, 74 en el verano, 64 en el otoño y 75 en el invierno. La primavera es, segun este resultado, la estación más funesta.

En cuanto á la incubación del virus rábico, se ha averiguado que las personas mordidas han sentido, en su mayoría, los accidentes de la enfermedad antes del sexagésimo día, no habiéndose observado más que dos casos 80 días después de la inoculación.

La duración de la enfermedad, una vez declarada, es de tres á cuatro días.

Las mordeduras hechas en la cara y las manos han sido seguidas más frecuentemente de la rabia, lo cual es debido indudablemente á que las demas partes del cuerpo están cubiertas de ropa y se hace más difícil la inoculación del virus.

La ciencia es hasta ahora impotente contra la hidrofobia, cuando ésta se manifiesta en el individuo; pero puede prevenirse por medio de la cauterización rápida é inmediata de la herida con un hierro candente ó con un cáustico enérgico, como el amoníaco líquido, el ácido clorohídrico ó el nitrato de plata.

A pesar de las desconsoladoras cifras que arroja la estadística, que acabamos de extractar, se ha negado por algunos la transmisión de la rabia de la especie canina á la especie humana; mas el doctor Marchal (de Calvi) publicó no há mucho, en la *Tribuna Médica*, un enérgico artículo sobre la profilaxia de la hidrofobia, combatiendo esta última teoría y predicando el exterminio de los perros.

«Los casos de hidrofobia en el hombre, decía el médico parisiense, se multiplican y debían dar lugar á la acción judicial acusando de homicidas por imprudencia á los dueños de los perros rabiosos que no hubiesen guardado las precauciones necesarias. La severidad de la justicia debía hacer comprender á los que lo ignoraban, que no pueden tener en su casa un peligro constante para los demas ciudadanos. Aun cuando osardo é insensato, el hombre puede despreciar este peligro con respecto á sí propio; pero la ley no debe consentirse con relación á sus semejantes. En una palabra, el dueño de un perro debe responder de los daños que ocasione el objeto de su propiedad, á caso vale toda la raza canina la vida de un sólo hombre?»

«Á esto conviene añadir que ninguna señal exterior advierte con tiempo que el animal esté rabioso: se ha dicho que no menea la cola; es un error; que no bebe ningún líquido; es un error; que produce un grito particular que particula de ladrido y ahullido; también es un error. Un veterinario instruido, Mr. Mettieu, afirma que conoce el perro rabioso en el modo de andar: no lo niego, pero esta aptitud es puramente particular. He dicho que los tribunales tienen derecho de intervenir en los casos de hidrofobia en el hombre; aun podría haber sostenido que tienen el deber de hacerlo.»

Las consideraciones que expone el doctor Marchal son, en mi concepto, exageradas; pues sin que esto sea negar la verdad que en el fondo encierran, discrepan mucho del parecer de otros hombres de ciencia no ménos notables. Se ha persiguido á los perros con excesivo encarecimiento, y se ha asegurado con demasiada ligereza que en el verano son más numerosos los casos de hidrofobia que en el invierno.

Las estadísticas publicadas en distintas épocas y naciones no corroboran esta opinión: si el calor fuera, en efecto, la causa de esta horrorosa enfermedad, habria, ciertamente, más perros rabiosos en los países cálidos que en los frios, y sucede justamente lo contrario; supuesto que la rabia es desconocida en los países cálidos. Volney dice que no ha oido hablar nunca de ella en Egipto. Larrey y otros viajeros afirman que jamás ha vi-

sitado la hidrofobia el clima abrasador de la Siria. Brown sostiene que se desconoce enteramente en las vastas comarcas de la América Meridional, y que no se ha observado un solo caso de esta enfermedad en los cafres ni en los habitantes del Cabo de Buena Esperanza.

Los casos de hidrofobia observados en Siria y Egipto, que citan Adami y otros sabios, no están suficientemente demostrados.

Tampoco es más cierto que pueda ser ocasionada por el frio intenso, pues no existe en la Groenlandia. Monsieur Troillet asegura igualmente en su *Nuevo tratado sobre la rabia*, que tan comun es la hidrofobia en invierno como en verano, y en tiempo frio como en tiempo caluroso.

Lo mismo sucede respecto á que la sed y el hambre sean causas del desarrollo de la rabia. Las calles de Constantinopla, Alepo y otras ciudades de Oriente se hallan atestadas de perros vagabundos, á quienes alimentan, á veces, la caridad musulmana. Cuando el estío es caluroso y están secas las cisternas, los pobres animales mueren á centenares de hambre, sed y calor, y sin embargo, en ninguno se desarrolla la hidrofobia. Así lo dice Souini en su *Viaje por Egipto*.

¿Es debida esta circunstancia á una influencia particular del clima? No; porque se observa igual fenómeno en Europa. El sábio Redi ha dejado morir en Florencia, de hambre y de sed, á perros y gatos, y despues de tan cruel tratamiento no han presentado síntomas de hidrofobia. Bourgelat, catedrático de la escuela de veterinaria de Lyon, Chavert y Hazard, de la de Alfort, han repetido este experimento y han obtenido el mismo resultado.

Muchos médicos y veterinarios niegan que la hidrofobia sea una enfermedad espontánea; otros sostienen que las causas que la producen no provienen del calor atmosférico, del hambre, de la sed, ni de la mala calidad de los alimentos, último hecho suficientemente demostrado por los experimentos de Magendie. Y la Academia de Medicina de París, en la que se han leído nuevas observaciones y se discute en la actualidad este asunto, propende á confirmar la opinión de que la privación de la libertad y la falta del acto genésico ocasionan en los perros la hidrofobia, lo cual cae conforme con la creencia generalmente admitida por los autores más competentes en la materia.

Es por consiguiente indudable, en mi sentir, que la hidrofobia procede:

- 1.º De una privación demasiado prolongada del acto genésico.
- 2.º De un castigo excesivamente riguroso.
- 3.º De la mayor parte de las presunciones que se toman para evitarla.

La amestracion puesta en práctica en Inglaterra y Francia, y la reclusion forzada, producen efectos funestísimos en los perros. Preferible es á este castigo, que anden en libertad con tal de que lleven puesto un bozal de regilla que les permita mover las mandíbulas y respirar libremente, y les impida morder.

Para prevenir los estragos de la hidrofobia, propuso hace tres ó cuatro años un médico gallego, se sometiese á los individuos de la raza canina á la mordedura de la víbora, apoyándose en que repetido este doloroso tratamiento dos ó tres veces, no sólo resulta nulo el efecto del veneno de la víbora, sino que preserva á los animales (incluso el hombre) de la hidrofobia, aun cuando sean mordidos por otros afectados de este mal y median todas las condiciones de una inoculación segura, como rotura de la piel, de los labios, de las narices, etc. Fundabase en que así como la vacuna destruye la susceptibilidad del desarrollo de la viruela y receptibilidad del virus varioloso, de igual suerte el veneno de dicho reptil destruye la susceptibilidad del virus rábico y la receptibilidad del mismo en la economía.

Nada se perdería con ensayar el procedimiento propuesto por el médico gallego; pero en mi humilde opinión se obtendrían mejoras y más pronto resultados, si como tantas veces ha indicado la prensa política y facultativa, se estableciese un impuesto sobre los perros que debería ser crecidísimo para los que, cual los esclavos, fuesen de distracción y no desempeñasen un servicio útil bajo cualquier concepto.

Una contribucion de tal naturaleza seria causa de que disminuyera el número de perros *in loco ni officio conosciutos*, y redundaria en beneficio del Estado y de los ciudadanos pacíficos, quienes no se verian acometidos con tanta frecuencia por los *vagos* de la canina grey.

FAUSTINO HERNANDEZ.

SAN JUAN DE LA PEÑA.

(RECUERDOS.)

La monarquía aragonesa, aquella potestad que hizo temblar los muros de Atenas y Constantinopla, que humilló el poder del árabe en Zaragoza y Córdoba, que tremoló su estandarte victorioso en ambos mares, y vino al fin á caer bajo el peso de su propia grandeza, tuvo su principio en la cumbre de un peñasco, de donde, como impetuoso torrente, había de precipitarse inundando valles y campiñas.

garación del reino aragonés; de aquel roquero alcázar bajó el torrente de hombres, que, pasado tiempo y atravesando las campiñas de la Bética, habían de llamar con sus aceros en las puertas de la oriental Granada. Allí, al abrigo de las altas rocas, disputando sus nidos á las águilas, se acogieron aquellos trecientos nómadas, que cuando la derrota del Guadalet pudieron escapar de aquella inundación de turbantes, que venía á ser la expiación providencial de tantos crímenes como se cobijaban bajo el régio manto de Witiza y Rodrigo.

La tradición envuelve con sus alas perfumadas el origen de aquellas ruinas; por los años de 775, Voto y Félix, hermanos y jóvenes caballeros cristianos de Zara-

prado al panteón real; parece que toda aquella multitud vela allí el sueño de sus ínclitos monarcas, como un día bajo el brillante artesonado de sus palacios ó en el militar campamento. Extiendese el peñasco en cóncava y natural techumbre, cobijando la única nave de la iglesia, bellísima con su sencillez primitiva, sus retablos simbólicos y aquellos arcos bizantinos cuyas columnas marcan la estancia subterránea, cripta de los antiguos preladós. Franquea el presbiterio entrada al fúnebre recinto, donde bajo dorada bovedilla y brillantes jaspes se destacan veintisiete urnas, guardadoras de aquellos restos esclarecidos: régia cadena de soberanos que supieron conquistar la independencia de su patria y



LA CRUZ DE MAYO.

Saliendo de la histórica Jaca, de esa bellísima ciudad aragonesa incrustada en las montañas pirenaicas, iniciante con sus muros y torrentes, cúpulas y jardines, internándose el viajero por entre peñascos altísimos y pintorescos con su belleza primitiva, después de saludar al tradicional pueblo de Ásres, que extiende sus antiquísimos edificios en el fondo de un barranco, al derruido monasterio de santa Cruz de las Serós, que eleva aún su cúpula con ojivas bizantinas y cilíndricas molduras por entre los tajados de la pequeña aldea que le circunda, atravesando por un ameno bosque de nogales que guía al pie de una escabrosísima sierra cruzada de peñascos altísimos y surcada por profundos precipicios, en cuyo fondo brilla y suena el raudal de los torrentes, comienza el viajero á ascender, y ve, con sorpresa, dilatarse ante sus ojos un paisaje cuanto terrible magnífico.

Puesto ya en la altura, penetrará al través de un mar de gigantescos pinos y abetos, que formando oscura senda, llenan el espacio con un eco incesante de murmullos que el viento arranca á sus copas centenarias. Conforme se avanza, el bosque se aclara, ábrase por fin de nuevo la tierra, y el camino, descendiendo de aquella especie de esplanada, donde un momento ha serpentado, se desliza por un profundo valle, costado por abismos escarpados, y, entre rocas disformes y ciclópeas, allá, al abrigo de un peñasco de arena, sobre el fondo oscuro de una gruta colosal, se destaca el magnífico y tradicional monasterio de San Juan de la Peña, como si al conjuero de un mago hubiese atravesado la tierra para asombrar al pasajero en el fondo de aquella caverna gigantesca. Aquel edificio es el templo donde tuvo lugar la inau-

goza, guiados por un prodigio á la cueva de Galaon, en la que está edificado hoy *San Juan de la Peña* llamado *el Viejo*, encuentran el cadáver de un anciano ermitaño, cuya cabeza está recostada sobre el siguiente epitafio:

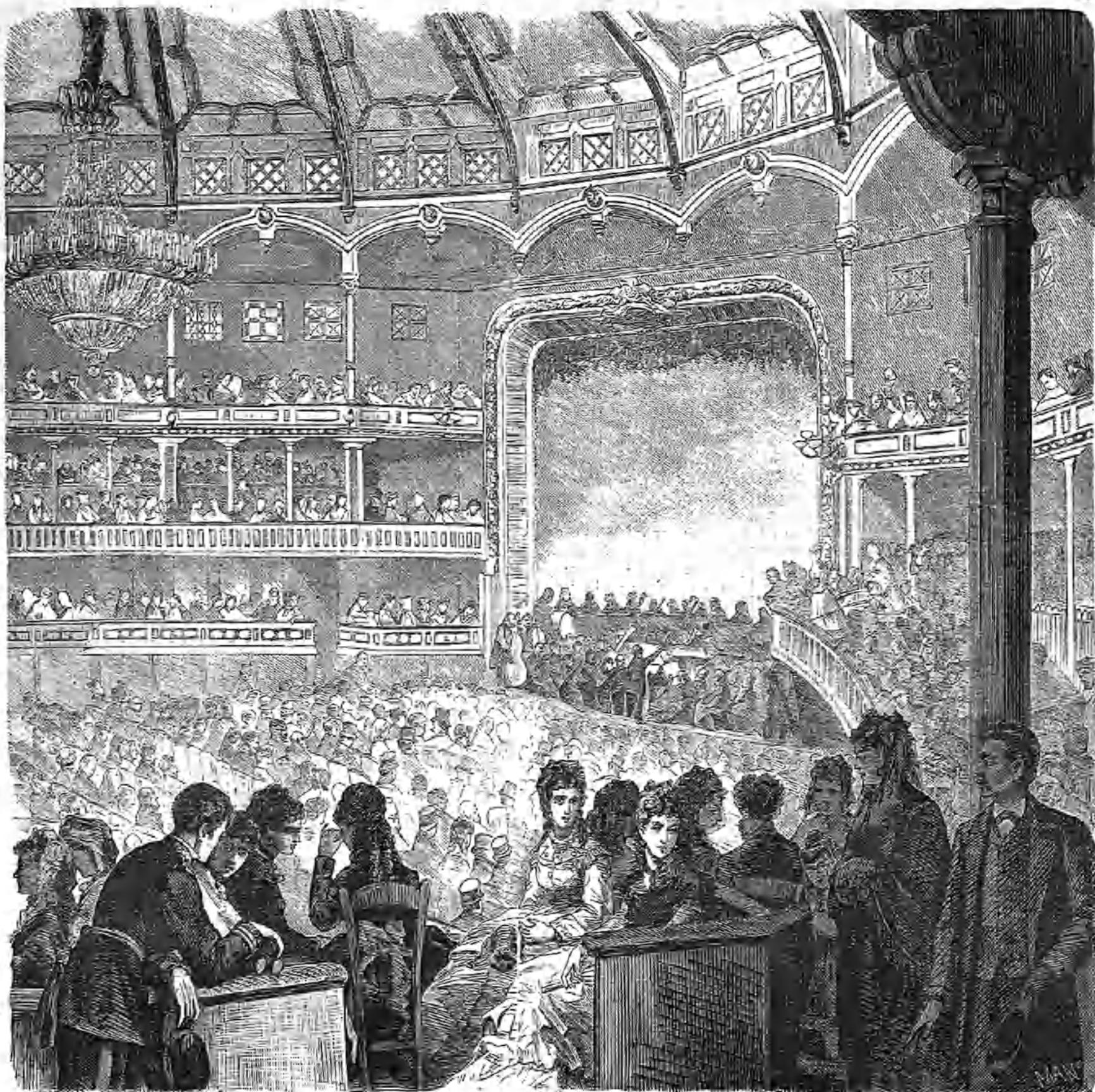
YO JUAN DE ATARES,
PRIMER HERMITANO, FABRIQUÉ ESTA PEQUEÑA
IGLESIA, EN HONRA DE SAN JUAN BAUTISTA.

El anciano fué sepultado, y los dos hermanos, abandonando sus cuantiosas riquezas, se retiraron á la misma gruta, vistiendo el sayal del cenobita. Un año hacia que los cristianos fugitivos habían sido cruelmente exterminados en aquellas cuevas, al intentar rehacerse para la defensa; y aún humeaban las ensangrentadas ruinas del *Paseo*, ciudad-fortaleza, devastada al nacer por las feroces legiones del wali de Huesca; sin embargo, cuantos aragoneses dispersos vagaban por aquellos lugares, acogiéronse á la sacrosanta caverna, y allí, á su sombra protectora, á la rojiza luz de las teas, alzaron sobre el pavimento á su candillo; y García Jiménez, el valeroso y noble montañés, fué elegido primer rey de Aragón. Prueba infalible de las excelencias de la monarquía, y necesidad que los pueblos reconocen de aunarse bajo un poder compacto y fuerte en los momentos supremos de su vida. Tal fué la importancia histórica de San Juan de la Peña; la tradición llena aquel recinto; por entre la bruma de los torrentes parece columbrarse las sombras de aquellos reyes soldados, de aquellos héroes, de aquellos mártires.

Intérese el viajero por las denegridas galerías del monasterio; sepulcros de próceres ilustres y de celebres damas pueblan el pavimento del oscuro átrio que

la religión de sus mayores. Allí duermen su último sueño el infatigable fundador García Jiménez; Sancho Abaca y el *Tembloso* García; Ramiro I, el héroe de los romances; Sancho Ramírez, el *Rey de los Pirineos*; Pedro I, el vencedor de Alcoraz, y una muchedumbre de augustos personajes, de renombradas bellezas, que ocuparon el solio aragonés y á cuya grandeza se consagraron. Dilátase el santísimo claustro en opuesto lado al real enterramiento, ofreciendo en sus muros digna sepultura á preladós y capitulares: rásgase la peña en colosal pabellón, y recórtanse los primorosos arcos bizantinos sostenidos por sencillas ó pareadas columnas, y formando dilatado patio. Como avergonzada ante la majestad que los siglos imprimen á todo aquel recinto, muéstrase á un lado la dórica capilla de Sn Voto, con sus restauraciones del siglo xvii, y eleva la de Sn Victorian sus delicadas agujas góticas, sus grecas afligridas, y el frontis bordado de primorosos follajes. Para que nada falte en este característico recinto, donde el arte guarda vivas señales de todos los brillantes períodos de su existencia, sobre el dintel de la puerta principal del claustro deslízase como en sombra un bello arco de estilo árabe. Parece que la raza conquistadora, cansada de combatir, se asoma á contemplar aquellos detalles arquitectónicos de los pueblos subyugados, como para inspirarse en el espíritu artístico que un día había de asombrar al mundo, tapizando de bellezas y luz los muros de la mezquita de Córdoba y los palacios de Granada y de Sevilla.

Crúese el viajero los átrios de granito, admire las molduras de los sepulcros, los alcatados de las bóvedas; allí contemplará con sorpresa la roca, la roca encorván-



CONCIERTO DE LA SOCIEDAD DE PROFESORES DIRIGIDA POR EL SEÑOR MONASTERIO, EN EL CIRCO DE MADRID.

dose desde su base como para cobijar en un solo monumento la religión, la libertad, la gloria, todas las armonías, en fin, de la naturaleza; y mezclado en agradable confusión con todo esto, surgiendo como la luz en las tinieblas, el arte, que se desliza al través de los peñascos, esculpe los muros con mosaicos, cimbreándose en las galerías; ascude con profusión sobre las columnas, en los alquitrabes, en las ojivas, esculturas bellísimas, labores sorprendentes y epítafios gloriosos, todo brillante, pero todo cobijado, envuelto por el tinte severo, majestuoso, que revela el origen sombrío de la raza latina, la magnificencia tradicional del arte cristiano.

Este es *San Juan de la Peña*, abandonado y silencioso, el histórico monasterio, amenazado tres veces por las devoradoras llamas del incendio, cuyas indestructibles huellas conservan los peñascos y la fábrica, es visitado únicamente por el viajero artista ó por el curioso que ávido de emociones, quiere evocar en un recuerdo tantas grandezas pasadas. Ya no se escuchan en sus claustros los cantos de los cenobitas, porque los techos están hundidos, y por las grietas de sus bóvedas tan sólo se ven cruzar las tempestades, cuyo sordo bramido se mezcla con el incesante rugido de la catarata; los pastores y pasajeros buscan un abrigo en la cavidad de sus rocas; los buitres habitan en lo alto de sus muros, en sus peñascos crece el musgo, y la yedra se lanza al través de sus arcos ojivales, tapizándolos con verde y florida malla.

Once siglos han cruzado por encima de ese monumento de la libertad aragonesa; San Juan de la Peña, como Sagunto, como Numancia, desaparecerá un día, sin dejar más rastro de su existencia que un montón de escombros cubierto de plantas silvestres; pero esta agonía, esta muerte no podrá borrar la grandeza que eternamente guardará la fama en su libro de oro. La tradición vagará siempre sobre los restos de aquella cana y sepulcro de una raza de titanes; sobre aquellos inmensos bosques, precipicios espantosos, bullidoras cascadas, en donde el eco parece relatar continuamente la gloriosa historia de tan magnífica epopeya.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

UN GOLPE DE ESTADO.

(CUENTO ORIGINAL.)

I.

Ni los filósofos en sus utopías sociales, ni los poetas en sus inspirados sueños, ni los viajeros en sus exploraciones científicas, han podido nunca imaginar ni ver en este planeta sublunar un país más extraordinario que el país de las Amazonas. Ha dicho no sé quién, que si en

el mundo existiesen, como únicos representantes de la raza humana, un hombre y una mujer, y aquel se hallara en el polo Norte y ésta en el opuesto, se buscarían ambos y vendrían á encontrarse por la ineludible ley de la atracción. Pues bien, pudiendo ser verdad este axioma, como yo no tengo dificultad en creer, ¿cómo se concibe la existencia de un pueblo compuesto exclusivamente de mujeres, con la circunstancia agravante de estar rodeado de otros países, en los que abundaba el sexo masculino?

Pero eso no puede ser, dirán quizá algunas de mis lectoras poco fuertes en historia; tal vez alguna que, en *traje de amazona*, suele hacer galopar un fogoso corcel en la Fuente Castellana; porque ¿cómo esas señoras que vivían aisladas, podían *crecer y multiplicarse*, no por obra de varón, sino milagrosamente?

Ciertamente, amables lectoras, las amazonas no pertenecían á una raza especial, como las yeguas de Seneleuti, de las que dice Virgilio que *concebían del viento*; eran mujeres como otras cualesquiera, que para obviar el inconveniente de la extinción de su raza, inventaron un medio seguro, sencillo y eficaz. Las fronteras de su reino estaban cerradas á los hombres, y desgraciado del que se atreviese á trasponerlas; mas llegada la época de la florecencia, ó más la primavera, las amazonas, como flores que gran de candor y de hermosura, se trasladaban por secciones á las comarcas fronterizas, en donde

«fectaban una especie de matrimonio relámpago. Unas se dirigían á la feliz Arisba, otras á las comarcas del Cileno ó á las de Licia, llena de tigres, según Homero, y las más á las encantadas riberas del río Satniois, en donde los hombres eran notablemente fuertes y hermosos; pero todas, cumplida su misión, regresaban inmediatamente á sus hogares.

El reino de las Amazonas era un país delicioso, situado en la Capadocia, y fecundado por las aguas del río Termódonte. Allí la vegetación ostentaba casi siempre las galas primaverales, crecían los más sabrosos frutos, y nunca soplaban los vientos huracanados.

Pero lo más bello del reino de las Amazonas era su reina, Talestris, la hechicera Talestris, la valerosa, la sin par Talestris, Talestris, á quien sólo faltaba la inspiración para ser una sibila; Talestris, pensadora como Pérsica, gallarda como Libica, jóven como Tirtrea, pudorosa como Ifigenia y de tan gran corazón como una matrona espartana.

Los ojos de Talestris eran azules como el golfo de Bayas; pero á veces despedían el fuego convulso del relámpago, cuando sus manos, blancas como la nieve de Armenia, blandían la lanza ó disparaban la veloz saeta. Talestris era la reina de su pueblo, no sólo por su cuna real, sino más principalmente por su maravillosa hermosura y su sin igual valor en los combates.

Cuando el amágo de una invasión extranjera, Talestris, opriniendo los hijeros de su ardiente corcel, se ponía al frente de sus huestes, las amazonas entonaban su canto de guerra, del cual posteriormente tomaron los romanos su *canto de Probo*, si bien, variado en algunas estrofas:

«¡Hijas del claro Termódonte, valientes amazonas, venid, venid!»

Dejad la rasca, no tejais el fino, no recolecteis en el vergel los frutos sazonados, ni en el rústico alzár de las abejas los panales de la perezosa miel.

No arranquéis las flores tempranas del agavanzo blanco, reposando despues á la sombra de las palmas.

¡Sus! valientes amazonas; el extranjero golpea nuestras puertas con el pomo de su espada.

Apresad la lanza y el corcel de guerra; llenad vuestro corax de voladoras saetas.

Los hombres quieren esclavizarnos como á las hijas de Asiria, de Egipto ó de Grecia; probemos á los hombres que el valor rechaza las cadenas.

Demostremos al mundo la diferencia que media entre la nevadilla y la isona.

Demos pasto de carne de tiranos á las águilas de garras amarillas.

¡Sus! valientes amazonas; el extranjero golpea nuestras puertas con el pomo de su espada.

¡Venid, venid!»

Mas no obstante sus belicosos ejercicios y su odio de raza hacia los hombres, la reina Talestris tenía un corazón sensible y bondadoso. Ella fué la primera que abolió en su Estado la bárbara costumbre de sacrificar los niños recién nacidos, limitándose sólo á trasladarlos á las fronteras, para que allí fuesen recogidos por los habitantes de los pueblos limítrofes, y nunca en sus escenas perseguía á animales indefensos, si únicamente á las feroces alimañas de que estaban llenos los montes de la parte oriental de su país.

II.

Cuando Alejandro, vencedor de todo el mundo entonces conocido, vino á reposar de sus gloriosas campañas á Babilonia, ignorando que esta ciudad había de ser su tumba, las amazonas se alararon á la aproximación del invencible conquistador; pero éste no sólo respetó la autonomía de aquellas valerosas mujeres, sino que también envió á la reina Talestris un magnífico regalo compuesto de telas de la India que acababa de subyugar, y de un hermoso caballo masageta, que aunque por distinto estilo, fué un segundo caballo de Troya.

Talestris se hallaba en la ribera del Termódonte, cuando los enviados de Alejandro se presentaron á ofrecerle el regalo. Aunque mujer, apenas se fijó en el primoroso tejido de las telas orientales, porque desde luego absorbió su atención el soberbio corcel, al que, aún tratado como estaba por sus reinos delanteros, apenas podían sujetar dos esclavos africanos que la tenían del diestro. La reina era consumada en la ciencia hípica, y pudo admirar en su conjunto y detalles la valía del generoso bruto; sus vivos ojos donde asomaba la sangre, su orncero prominente, sus corbejones elásticos y fuertes como el acero templado; y aun cuando los esclavos calificaron al animal de indomable, Talestris deseó montar y saltó de un brinco á su gallardo lomo, mandando que le quitasen las trabas.

Por momentos despues, la reina de las amazonas, la

domadora de los más salvajes y vigorosos caballos, despedida violentamente, media el suelo malparada, y los esclavos pudieron á duras penas volver á sujetar al caballo, merced á un largo cordón de seda que uno de ellos tuvo la prevision de atar al cuello de aquel.

Vista la caída de su reina, ninguna de las amazonas se atrevió á montar el caballo, y Talestris, asendereada del golpe, iba á mandar retirar el indómito bruto, cuando hé aquí que del grupo de espectadoras se adelanta una jóven, casi una niña, y dirigiéndose á la reina, dice:

«Señora, os ruego que me permitais montar ese caballo.»

Todos los circunstantes miraron á la jóven, primeramente por lo extraño de la petición, despues porque nadie la conocía y además por su singular juventud y belleza. Sus negros cabellos sueltos ondulaban á la brisa de la mañana, su tez tenía la deslumbrante blancura de la nieve bañada del sol, sus ojos garzos miraban modestamente hácia el suelo, y su agitado seno apenas se distinguía bajo la blanca túnica que vestía.

Talestris, participando de la sorpresa general, miró á la incógnita, y apenas dándose cuenta del deseo de ésta, contestó:

«Móntale si te atreves.»

No bien oyó estas palabras, la jóven saltó sobre el caballo, el cual, libre por segunda vez de las trabas que le sujetaban, dió un vigoroso bote, al que acompañó una exclamación de todos los espectadores. A este bote siguieron otros muchos, que la incógnita resistió sin descomponerse, acariciando el cuello del animal y murmurando al mismo tiempo frases ininteligibles; hasta que ¡oh sorpresa! el caballo, apaciguado como por encanto, comenzó á piafar graciosamente, sin tratar de oponerse al poderoso esfuerzo que le sujetaba.

La jóven hizo marchar al animal en todas direcciones y á una orden de la reina le condujo á la tienda real, en donde le dejó amarrado á un pesobre.

«¿Quién eres, de dónde vienes, cómo te llamas?» preguntó Talestris á la hermosa desconocida.

«Señora,—contestó ésta,—soy súbdita vuestra, montañesa del país de la Bactriana: acabo de perder á mi madre, y viéndome sola y huérfana, vengo á ofrecer mis servicios. Me llamo Oritias.»

III.

Desde aquel día Oritias fué la favorita de la reina. Su juventud, su belleza, su infantil candor, sus púdicas costumbres que casi rayaban en monomanía, su destreza en todo género de ejercicios de caza y guerra, su sin par valor en los combates, y la profunda adhesión que la demostraba, cautivaron el corazón de Talestris, hasta el punto de no poder separarse de Oritias ni un solo momento.

La reina cayó peligrosamente enferma, y durante un mes, Oritias permaneció día y noche á la cabecera del lecho de aquella.

Era imposible comprender cuál de las dos amaba más á la otra: si Oritias á la reina ó la reina á Oritias.

Mas no obstante el favor real y el entrañable cariño que Talestris la profesaba, Oritias algunas veces estaba triste y preocupada. La reina, que notaba esta tristeza, trataba de disiparla á fuerza de caricias, que Oritias recibía con respetuosa conmoción.

Pero el diablo que todo lo enredaba, lo mismo en tiempo de las amazonas que en nuestros días, determinó turbar la felicidad de la reina Talestris.

Proyectó ésta una cacería de tigres, y acompañada de Oritias y de las más diestras y animosas cazadoras de su corte, se trasladó á la zona oriental de su reino, la cual, como ya se ha dicho, abundaba en toda clase de fieras.

Los primeros días de la expedición no ofrecieron nada de particular. Las cazadoras mataron algunos chacales y otras alimañas, hasta que por fin llegaron á la *cañada de los tigres*.

Una tarde, la reina y Oritias caminaban á alguna distancia de sus compañeras, olvidadas, embobadas en sabrosa plática, las precauciones peculiares al cazador, cuando súbito, de entre la espesura de un marjal cercano sale un tigre gigantesco y encaramándose de un rápido salto, hace presa con la garra derecha en el cañeto traquete del caballo de Talestris, y con la izquierda en la espalda de ésta, afortunadamente cubierta de una finísima malla de tiro. Al contacto de la zarpa, la reina dió un grito y Oritias apenas tuvo tiempo de clavar su puñal en el pecho de la fiera, que en las convulsiones de la muerte, se arrojó sobre el que le había herido, derribándole del caballo. El lance no hubiera tenido más consecuencias, porque el tigre estaba medio muerto; pero cuando Oritias iba á ponerse en pie, otro tigre, saliendo del mismo marjal, se arrojó sobre el clavándole la garra

en el brazo izquierdo. Oritias volvió á caer al suelo, pero con admirable serenidad blandió su puñal sobre la fiera y se le hundió tres veces en el cuello.

Talestris, repuesta de su sorpresa, clavó también el suyo en un costado del tigre, que, dando un rugido de dolor, quedó tendido y exánime.

A este tiempo las cazadoras habían acudido y prestaron auxilio á Oritias, que se desangraba por las heridas que tenía en el brazo.

La reina estaba loca de dolor, no á consecuencia de un ligero rasguño que tenía en la espalda, sino por el mal estado en que veía á su querida Oritias.

Ésta fué trasladada á una cabaña del monte, habitada por un pastor, y luego, á cortas jornadas y con los mayores cuidados, á la morada de la reina.

Desde este punto Talestris no supo nada de Oritias.

Las emociones del lance y el peligro en que había visto á su amada favorita, produjéronla una violenta fiebre, durante la cual pasó algunos días presa de un terrible delirio.

Ya más aliviada y pudiendo coordinar sus ideas, pidió ver á Oritias. Su aya y nodriza, que fué la anciana Erimedusa, díjola que aquella permanecía aún en el lecho, ya en vías de curación.

La reina mandó que trasladasen el suyo á la habitación de Oritias; pero tratóse de eludir este deseo de Talestris, haciéndola comprender que la emoción de volver á ver, podría ser peligrosa para ambas.

La reina se resignó durante dos días; pero al tercero iba á arrojarle del lecho, cuando fué detenida por su aya, que trémula y balbuciente le dijo:

—Hija mía, detente; una gran desgracia pesa sobre tí, Oritias..

—Y bien, acaba—exclamó Talestris sobresaltada.—Oritias..

—Oritias—repuso el aya á cuyos ojos asomaban las lágrimas.—Oritias es... ¡un hombre!

La reina cayó desplomada sobre el lecho.

IV.

Hé aquí lo que había sucedido.

Las enfermeras descubrieron el sexo de Oritias en los primeros días de la dolencia de éste. La nueva cuandió por todo el reino de las Amazonas con la rapidéz del rayo, produciendo un grito de general indignación. «Un hombre ha violado nuestras leyes» decían las amazonas, «se ha introducido en nuestros hogares, albergándose como un reptil en el seno de nuestra reina; ese hombre debe morir en medio de los tormentos más atroces».

Reunidos el consejo de las ancianas sacerdotisas de Marte, que ejercía también el poder legislativo y ejecutivo, y como la ley del reino era terminante y clara, Oritias fué condenado á ser quemado vivo en una pira en la ribera del Termódonte.

Sólo se esperaba á que la reina estuviese restablecida, para que sancionase la sentencia y presenciara el suplicio.

El no había querido decir, ni los móviles que le impulsaron á consumar su crimen, ni el país de donde procedía.

Talestris, informada por su aya Erimedusa de todos estos sucesos, vacilante de debilidad y de emoción, se trasladó á la torre donde habían encerrado á Oritias.

Al verla, el prisionero cayó de rodillas, besándole los pies apasionadamente.

La reina le contempló en silencio, y una ardiente lágrima humedeció su mejilla. En el rostro de Oritias estaban impresas las huellas de una larga tortura moral, sus facciones contraídas, sus ojos brillantes de fiebre, y su extremada palidez demostraban los tormentos que sufría.

Rompió el primero el silencio, y con voz entrecortada por los sollozos, sollozos que impresionaban más y más en los labios de un hombre tan valeroso, exclamó:

«Talestris, reina mía, amada de mi corazón, no me condenes sin oírme; no me refiero al suplicio material que dispusiste, sino al tormento de perder tu cariño, que es la fuente de mi vida. Yo vivía feliz en el palacio de mis mayores, porque yo soy Orontes, príncipe de los Masagetas, primo hermano del monarca más grande de la tierra, del rey de Escitia, ante cuyo valor se han estrellado el valor y la fortuna de Alejandro, conquistador del mundo. Un día te ví cazando en los confines de Lidia, y desde entonces mi alma voló á tí, como el ave al espacio. ¿Qué pretendía al acercarme á tí no lo sé; verte, oír tu voz, respirar el ambiente que respiras, apartar de tí los peligros, adorarte de cerca como al sacerdote que puede acercarse al ara de su Dios. ¡Si supieras cuánto he gozado y padecido á tu lado, si comprendieras los impetus de mi alma que se desbordaban en torrentes de amor! ¡Oh! ¡amada mía! tus leyes me

condenan, tú debes presenciar mi suplicio: benditas sean tus leyes, que me permitirán contemplarte hasta el último momento."

¿Qué pasaba en el corazón de la reina Talestris al oír estas palabras del príncipe Orontes?

Es imposible expresarlo...

Dos días después, á la hora de media noche, Hermione, hija de Erimedusa y hermana de leche de la reina Talestris, cabalgando en un veloz corcel, traspasaba las fronteras del país de las Amazonas, dirigiéndose hacia el Norte.

V.

La reina confirmó la sentencia de Oritias, ó mejor dicho, de Orontes.

Estaba siempre pensativa y silenciosa; pero conforme trascurrían los días, se notaba en ella una actividad febril.

Montaba á caballo y se ausentaba durante largas horas.

La ejecución del suplicio de Orontes se aproximaba; pues sólo era preciso esperar á que trascurriera una semana, destinada á aplacar, por medio de sacrificios, la cólera de los dioses Penates, ultrajados por el crimen del extranjero.

Las sacerdotisas de Marte iban por su propia mano elevando en las orillas del río la pira en que debía morir el criminal.

Todos los trámites parecían seguir su curso ordinario, y no obstante, había inquietud en los ánimos, como si estuviesen agitados por los vientos de las grandes catástrofes.

La antevíspera del suplicio de Orontes, á la hora de media noche, las amazonas reposaban de sus fatigas, cuando de repente, un inmenso clamoroso hendió los aires, turbando el profundo silencio, y aquellas que salieron azoradas de sus tiendas, quedaron mudas de espanto y admiración. Millares de guerreros caen sobre ellas, impetuosos como torrentes, las manistan, entran en sus tiendas, se apoderan de sus armas, blandiendo con una mano la espada y llevando en la otra antorchas que despiden una luz infernal.

Y luego, al rayar el día, algunas horas después, las valientes hijas de Capadocia vieron á su reina rodeada de varias amazonas y de dos guerreros extranjeros, al frente de una innumerable falange.

Los dos guerreros que acompañaban á Talestris, eran, uno el príncipe Orontes y el otro el rey Oroonates de Escitia, caudillo de aquellos feroces soldados.

«Amazonas! — exclamó la reina con voz tonante: — desde hoy nuestro Estado se regirá por la ley universal de todos los países. Saludad á mi esposo y vuestro rey Orontes, príncipe de los Masagetas.»

Así terminó la autonomía del reino de las Amazonas.

F. MONGEO GODOYO.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

por

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

CAPITULO VIII.

EMOCIONES.

Pasaron diez, veinte minutos, acaso media hora; uno de esos espacios de tiempo que no se miden. La aguja del reloj sigue en ellos trazando su círculo, pero el hombre pierde la idea de su existencia.

Don Braulio se había sentado maquinalmente al lado de su mujer, y contestaba á sus preguntas de un modo mecánico. Mejor dicho, el alma de D. Braulio vagaba aturdida de un lado á otro, mientras la boca de Luciano hablaba estúpidamente con Carlota. Está observó al cabo de un rato como una nube en la frente de su amigo: era que el alma de D. Braulio volvía á tomar posesión de aquella frente.

Y el rostro del joven adquirió una expresión severa y fría; cesaron sus sonrisas, enmudecieron sus labios; en sus miradas había cierta expresión de odio y desprecio.

—Tengo miedo; dijo Carlota mirando á todos lados.

—¿De quién? contestó D. Braulio fríamente.

—De mi marido; no sé á qué atribuir esta preocupación, pero creía que me escuchas. ¿Estamos solos? Como acababa de entrar cuando llegaste, no he registrado el cuarto. ¿Ha estado Braulio en este gabinete?

—¿Braulio?

—Sí. Luciano, cuando te conocí ignoraba que fueses amigo íntimo de mi marido; por eso, al averiguarlo, me apresuré á escribir, encargándote el mayor secreto.

—Torpe de mí, pensaba D. Braulio; no conocí la forma de la letra.

—Contéstame francamente: ¿sabías, al empezar nuestra amistad, que Braulio fuese mi marido?

Don Braulio no podía responder á aquella pregunta, que le producía nuevas cavilaciones.

—Nadie mejor que tú debe haberlo observado, dijo vacilando.

—En efecto, ni una palabra, ni un gesto te han vendido, y á tu edad no se disimula tan obstinadamente: apesar de eso juraría que hoy poseías el secreto: he notado en tu semblante algo que me indica lo mucho que en tu estimación he perdido.

—No lo creas; tengo de tí la misma opinión que tenía en nuestra última entrevista.

—Y sin embargo, me pareces otro. Entonces no temblaba en tu presencia: entonces, al verte, no me acordaba de mi marido, no me parecía estar sufriendo sus miradas.

—Tranquilízate: acabo de dejarle en su casa; si quieres, registra la alcoba y verás que estamos solos.

—Te creo, te creo; pero dime, ¿has visto á mi hija?

—Sí la he visto.

—¿Se acuerda Adela de su madre?

—Para llorar únicamente.

—¡Oh! dijo Carlota enjugándose los ojos. ¿Qué castigo!

Don Braulio no se conmovió al oír aquellas palabras; antes bien procuró aumentar el daño que había producido.

—Adela padece mucho á la edad en que otras no saben lo que es un sufrimiento.

—¿Calla! ¡Calla! Su padre no tiene caridad.

—¿Su padre? dijo D. Braulio irónicamente, pero espiando con curiosidad el semblante de Carlota.

—¿Cómo! dijo ésta, levantando con altivez los ojos y lanzando una mirada de indignación. ¡Su padre! ¡Su padre! Braulio tiene derecho á dudar de todo, menos de su hija.

Don Braulio respiró en ver la mirada altanera de Carlota: sabía que los ojos son malos embusteros.

—Luciano, tus palabras me han herido, porque te creía incapaz de pronunciarlas; pero sufro el castigo natural de mi falta: nunca el objeto por el cual se comete un crimen, compensa las amarguras que produce.

El verdadero Luciano se hubiera avergonzado; pero don Braulio no hizo más que concebir este desagradable pensamiento.

—Carlota me aborrece hasta en el cuerpo de Luciano; nuestras almas se ropelen por instinto.

Y á su vez Carlota, que esperaba inútilmente alguna palabra de consuelo, dijo entre sí con melancolía.

—Me desprecia; y tiene razón al despreciarme.

Después, añadió en voz alta.

—Luciano: comprendo lo que pasa en tí; leo en tu corazón perfectamente.

Don Braulio se sonrió de un modo extraño.

—Si leyese en mi corazón, pensaba al sonreírse, huirías de mi lado.

—Conozco que me rechazas, añadió Carlota, sin buscar una disculpa para justificarme: como si tu amigo estuviese exento de responsabilidad por mi conducta.

—¿Don Braulio?

—¿Te sorprende?

—No lo creo; dijo el aludido con indignación, temiendo alguna fábula ridícula: explica tus palabras.

—Ven que no conoces el carácter de tu amigo.

—Le he estudiado mucho.

—Y... ¿no le desprecias?

Don Braulio se quedó inmóvil y sorprendido.

—Al contrario: le estimo en lo que valió.

—Entonces le has juzgado muy ligeramente.

Amenazado de un análisis implacable, D. Braulio experimentó una sensación penosa y tuvo dudas de sí mismo; hubiera deseado variar de conversación, pero la curiosidad y el afán de disculparse, le excitaban á escuchar lo que suponía, no un retrato fiel de su carácter, sino una de esas murmuraciones venenosas que no suelen llegar á los oídos de la persona á quien atacan.

—Vanidad y egoísmo, hé aquí el retrato fiel de Braulio: uníose á mí sin cariño y por comodidad únicamente: siempre sobre su pedestal, haciendo el papel de estatua, divinizó los derechos de marido: sus palabras eran sentencias y viví continuamente humillada bajo su superioridad abrumadora; jamás depuse los atributos de la majestad en mi presencia: yo era un mueble en mi casa.

Al mismo tiempo que escuchaba, iba D. Braulio re-

corriendo su memoria: con gran espanto suyo, en pró de la acusación, brotaban testimonios en su conciencia.

Carlota en tanto proseguía.

—Hay hombres superiores á los cuales nos inclinamos voluntariamente: pero cuesta trabajo doblegarlos á los hombres más vulgares. La mujer se deja fascinar por el cariño, y concede cualidades que no tiene al hombre que supo seducirla: pero en cambio sorprende con rapidez y exagera los defectos del que no la inspira simpatías. Braulio no era joven y creyó ridículo y humillante conquistar mi afecto; su corazón gastado no se reanimó al contacto mío, y me dejó aislada en la edad de los peligros: taciturno siempre, al principio me infundía respeto, y coneluyó por causarme miedo su semblante frío y pálido; su dignidad le impidió tener en casa un sólo instante de alegría y me engolfé en ciertas lecturas: mi imaginación mal preparada se hizo romancesca y durante algún tiempo padecí la alucinación de verme casada con un muerto.

—Hasta ahora sólo pruebas que el carácter de D. Braulio es severo y tu imaginación muy exaltada.

—Yo he espiado día y noche sus acciones: á través del velo imponente con que cubre su carácter, descubrí que su egoísmo le impedía consagrar algunos ratos á educarme á sus costumbres; su orgullo le hacía considerar mi cariño como un deber únicamente, y convertir sus impertinencias en retos graves y muy reflexionados. En fin, si la antipatía me cegaba, puedo asegurarte que ésta fué en mí involuntaria: lo cual me hizo reflexionar que quien tales resultados producía contra su interés, no debía ser un hombre de talento.

Don Braulio estaba muy violento; pero su fuerza de voluntad le contenía; veía un fondo de verdad entre aquellas apasionadas reflexiones.

—No debía serlo, porque mi educación y mis inclinaciones me apartaban del mal camino: la mujer criada por una buena madre tiene grandes elementos para vencer las tentaciones de la vida. ¿Sabes la influencia única que Braulio ejerció sobre mi carácter? Yo era religiosa; Braulio sembró en mí espíritu la duda.

Don Braulio se miró al espejo para convencerse de que estaba en un cuerpo ajeno, y sólo de esta manera pudo ya dominarse.

—Basta, basta: todos esos cargos no atenúan tu error; tus disculpas equivaldrían á suponer que sólo los hombres de talento tienen derecho á la fidelidad de sus mujeres, contestó D. Braulio con acento rencoroso.

Carlota le miró asombrada: no creía que su defensa pudiera producir un efecto tan contrario al que se había propuesto. Sentíase abrumada ante las severas palabras de Luciano, que no tenía autoridad para reprenderla.

—Entonces, añadía D. Braulio, decidida por el fragil juicio de una mujer la incapacidad de su marido, bastaría aquel fallo para condenar á éste á la infamia; y en los crímenes conyugales, cuando la mujer delinque, ¿quién es el castigado?

—Los dos, los dos, dijo Carlota bajando los ojos y asustada con las miradas centellantes de Luciano. ¿Crees acaso castigo el desprecio de los deusas y la intranquilidad de la conciencia? ¿Te parece poco el encontrarse despreciable á sí misma y merecer hasta de culpables como tú lecciones tan duras?

Y añadió de repente, bajando la voz y apartándose atrevada:

—¡Ah! eres un infame: no en vano me sorprendía tu severidad incomprendible: hablabas de ese modo porque sabías que nos escuchaba mi marido: el corazón me lo decía.

—¿Cómo? exclamó D. Braulio receloso y sin explicarse lo que sucedía.

—No finjas sorpresa: nos escuchan: he sentido ruido en esa alcoba. ¡Ah!

Carlota se tapó la cara con un velo.

Sin duda la persona que estaba oculta, conoció que había sido sorprendida; porque se abrieron las vidrieras de la alcoba, y una mujer tapada salió en dirección á la segunda puerta por la que desapareció rápidamente.

Se oyó el ruido de la llave: sin duda la fugitiva quiso cubrir su retirada.

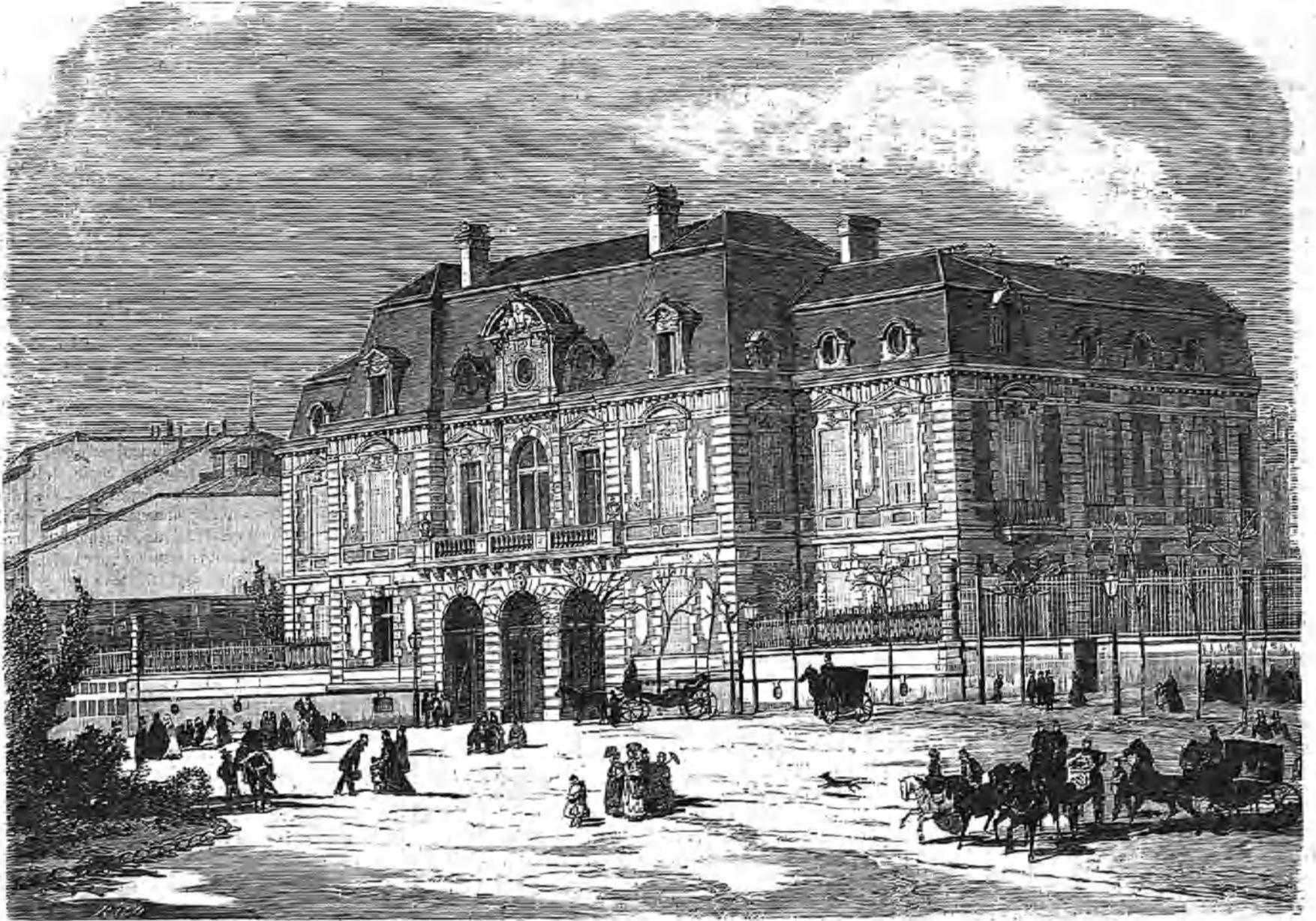
—¡Adios! ¡Adios para siempre! dijo Carlota levantándose y tan azorada que no escuchaba voces ni razones.

Cuando la puerta pudo abrirse, D. Braulio pidió inútilmente informaciones que explicasen la aventura.

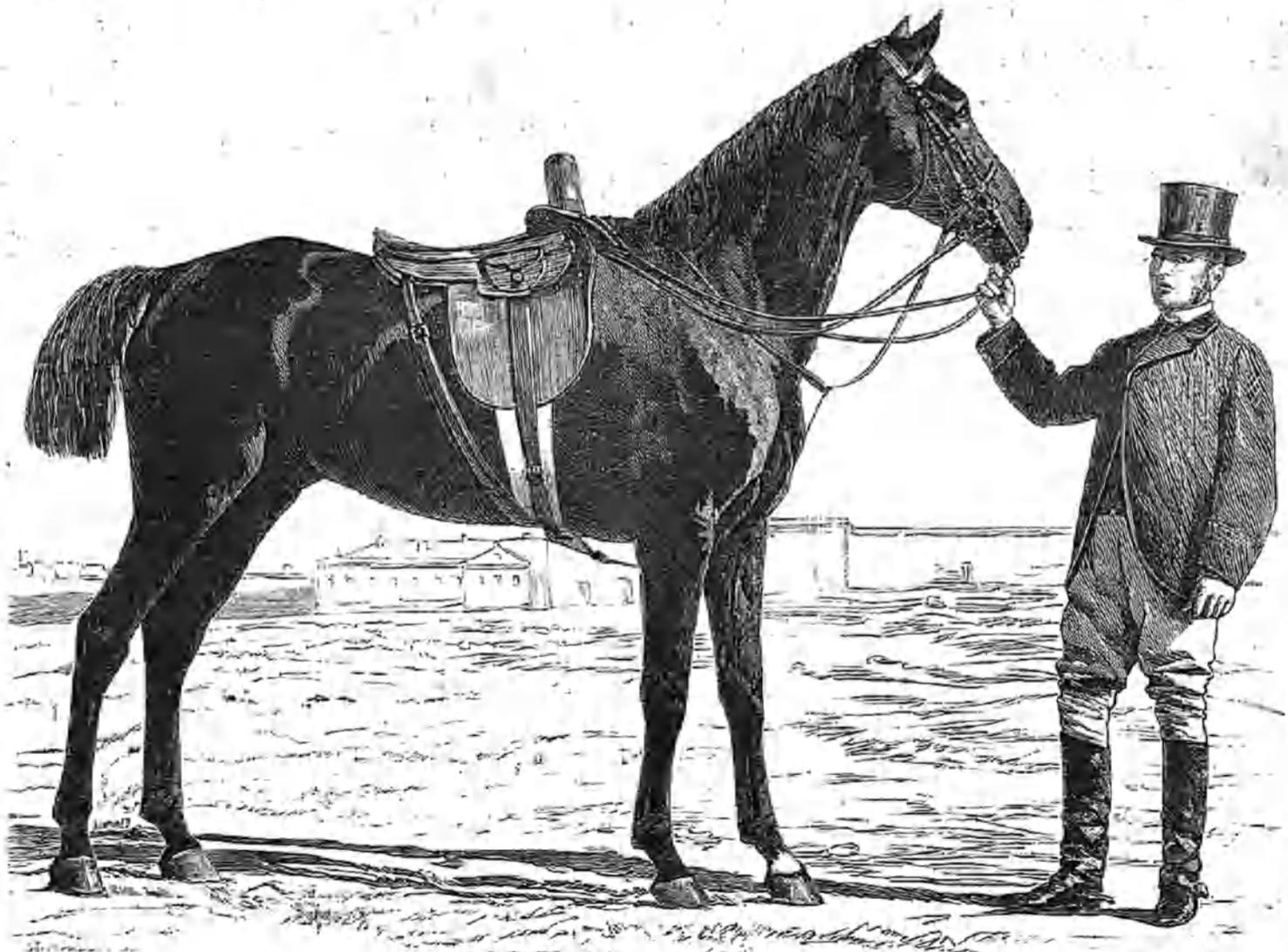
Después empezó á dar paseos por la alcoba.

Y por fin dijo dándose una palmada en la frente:

—O ha sido la vizcondesa, ó el diablo: preferiría que hubiese sido el último.



MADRID MODERNO.—PALACIO DEL DUQUE DE UCEDA.



NOBLE: PROPIEDAD DEL SEÑOR MARQUÉS DE VALLE UMBRISO.



LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.—CÓMO VAN.



LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.—CÓMO VUELVEN.

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

En la aspereza de un monte
Y entre cerros medio oculta,
La ermita de San Isidro
Yace solitaria y muda.
Labrada sobre peñascos
Triste aridez la circunda,
Y álzase allí abandonada,
Perdida en la sombra oscura;
Que durante el año, nadie
Su frío reposo turba,
Ni á sus umbrales se acerca,
Ni aún de que existe se ocupa;
Y hasta el lento Manzanares
Tacaño y ruin más que nunca,
Del pie de la santa ermita
Aparte sus aguas turbias
Y avaro de su corriente
Se aleja en rápida fuga.
Se ignora si ofende al santo
Que á su ermita no se acuda;
Pero aunque á solas se queje
De la madrileña incuria,

No tiene razon del todo
Si es que olvidado se juzga,
Que al fin cuando llega el día
Consagrado á gloria suya,
No hay otro más festejado
Ni que más fieles reuna.
Y á fé que el santo bendito
Tan á placer le disfruta,
Que en solo un día de gresca
Y jolgorio y balle y bulla,
De todo un año de encierro
Se desquita con usura.
Amanece el fausto día,
Y no bien el sol despunta,
Cuando en claro testimonio
De su devoción profunda,
Al pie de la santa ermita
Madrid entero se agrupa.
La apiñada muchedumbre
En algazara confusa
Invade el monte y el llano,
De uno al otro extremo cruza,
Y en los revueltos senderos
Que hácia la ermita le empujan,
Mortales fatigas sufre

Y cien riesgos aventura;
Y retrocede y avanza
Y aun más se apiña y se estruja,
Y la confusion aumenta
Y crece la barahunda.
¡Qué diversidad de tipos!
¡Qué variedad de aventuras!
Allí un desdichado ciego
El justo socorro busca,
Entonando una salmodia
Al compás de la bandurria.
Allí el chasquido de un látigo
Y un zagal que vota y jura.
Allá prenden á un ratero,
Acá estalla una disputa;
Un repugnante mendigo
Llagado á fuerza de unturas,
Prorumpo á grito pelado
En declamatorias súplicas;
Ya un chusco, fugiendo un síncope,
Obstruye la via pública;
Ya una harapienta gitana
Llora su mala fortuna,
Mientras que por cuatro cuartos
Vende la buena ventura.

Se espanta allí una gazmoña.
Porque un galán la saluda,
Y al lado una viuda joven
Que celebró cuartas nupcias,
Despide ardientes miradas
Y no encuentra lo que busca.
Ya un jaque, montando un penco,
Trotador, lleva á la grupa.
Una moza de trapío,
Peli-negra y ceji-junta,
Y en el trote enseña cosas
Que deben estar ocultas.
Ya se pavonea un *quidam*
Sobre una jaca andaluza
Que arranca á todo galope
Atropellando á un granuja.
Suena un petardo, hay carreras;
Se espanta el tiro de mulas
De un ómnibus, que da el vuelco
Sobre una zanja profunda.
Se oyen lamentos horribles,
Y del suceso resultan
Más de cuarenta personas
Entre heridas y contusas.
Y la muchedumbre en tanto
Su camino continúa;
Le abraza el sol, le ahoga el polvo,
Y la gota gorda suda;
Pero hacia la ermita avanza
Con más decisión que nunca.
Ya en la cuesta de la ermita
Se aumentan las aperturas
Por la multitud de tiendas,
Fondas, chiscones, zahurdas
Y puestos al aire libre
Y los que errantes palalan.
Vocesan cien vendedoras,
Y para que más aturdan,
A una vez pregonan todos
Y gritan todos á una:
— ¡Torráos y pasas de Málaga!
— ¡Naranjas como la azúcar!
— ¡Campanillitas del santo!
— ¡Leche de las Navas, pura!
Se desgañita un murciano
Vendiendo horchata de chufas,
Y pregonando rosquillas
Enronquece una palurda.
Cuando alguno arrepentido
Una callejuela busca
Y retroceder intenta,
Todos arriba le empujan.
Retroceder no es posible
Ni mereciera disculpa,
Que no ha de ser buen devoto
El que á la ermita no suba
A mirar la cara al santo
Y á solicitar su ayuda,
Y á beber luego aquel agua
De la que el santo asegura...
...*Si calentura tra ves
Valeerás sin calentura.*
Y aun por eso hay quien sin fiebra
Y aunque el agua le repugna,
Para que no diga el santo
Se bebe casi una cuba,
Y de la ermita descendiendo
Más fresco que una lechuga.
En la pradera del río
Alegres cantos se escuchan,
Y un enjambre de parejas
Bailla, al compás de una murga,
La reposada habanera
O la agitada mazurka.
El tranquilo Manzanares
Caudaloso como nunca,
Hace rebasar sus aguas
Más cristalinas, más puras,
Y por festejar al santo
Las riza de blanca espuma.
Cuatro cofrades de Ibaco
Junto á un cerro desocupan
Un pellejo de lo tinto
Sin probar una aceituna.
Un carro de mala feucha
Pide celos á su curra
Por si miró ó no al soslayo
A un chulo de barba rubia.
Repara en el caso el rubio:
Se detiene, gesticula,
Y se encara con el otro,

Y al otro le suelta pullas.
Y terea ella en el asunto.
Y ellos se pican, se injurian,
Y echan mano á las navajas
Y se arma la gran trifulca.
Ensangrienta el rubio al otro
De un jabeque que le apunta;
Tírale el otro un presente,
Marra el golpe, le asegunda,
Y con desdichado acierto
Le manda á la sepultura.
Ella se desmaya, él corre,
Cae en poder de una patrulla.
Y va á dormir á un encierro
Después que él ohirlo le curan.
Sobreviene un aire húmedo,
De improviso el sol se nubla,
Brilla en el cielo un relámpago.
Brama el trueno, el viento zumba,
Y todo indica que el santo
Va á hacer una de las suyas.
Y en efecto; al punto mismo
Desciende copiosa lluvia
Que pone á los madrileños
En precipitada fuga.
Tornan, giran, corren, huyen,
Se atropellan, se aturullan,
Si antes en polvo se ahogaban,
Ahora en fango se sepultan;
No se encuentra un carruaje
Y con avidez se busca:
Los cocheros se codean
Y de la ocasion abusan.
Se acomodan seis personas,
Un ama de cria inclusa,
En una berlina estrecha
Y desvencijada y súcia;
Por una horrible tartana
Se ofrecen crecidas sumas.
Sube uno á un carro entoldado,
Y otro tiene á gran fortuna
Meterse en un carricoche
Tirado por una burra.
Cada cual llega á su casa,
Que no abandonara nunca,
Calado y lleno de lodo
Desde el tobillo á la nuca.
Y así, en fin, espira el día,
Y llega la noche oscura,
Y así, en fin, la muchedumbre,
Antes bulliciosa y chusca,
Torna á la villa, estenuada,
Triste, cabizbaja y mústia.
Y aun hay quien halla al regreso
Que un caballero de industria
Ha penetrado en su casa
Con una llave ganzúa,
Fracturándole un armario
Y robándole la hucha.
Termina al cabo la fiesta,
Torna el santo á su clausura:
Euderrador de la ermita
Reina soledad profunda,
Y durante un año, nadie
Su frío reposo turba,
Ni á sus umbrales se acerca,
Ni aun de que existe se ocupa;
Pero aunque el santo bendito
Tan olvidado se juzga,
A fé que llegado el día
Consagrado á gloria suya,
No hay otro más festejado,
Ni que más fieles reuna.

EDUARDO ALVAREZ.

REVISTA MUSICAL.

Segundo artículo sobre los conciertos de la Sociedad de profesores de orquesta que han tenido lugar en el Teatro-Circo de Madrid.

Con el octavo concierto terminó su quinta y brillante campaña anual la Sociedad de profesores de orquesta, bajo la dirección del Sr. D. Jesús Monasterio, el día 24 del pasado abril.

En la revista anterior dimos cuenta á nuestros lectores de los tres primeros conciertos, en los que, como es

costumbre de otros años, se ejecutaron las obras que en su mayor parte sirven de base para los conciertos restantes. Este año, sin embargo, ha habido mucha variedad en todos ellos, pues que además de las piezas más importantes ejecutadas en los primeros, nos hicieron oír los infatigables profesores la sinfonia en *Si bemol* y la *Pastoral* de Beethoven; el *Adagio* y *Finale presto* del cuarteto en *Re* (obra 64) de Haydn, ejecutados por todos los instrumentos de cuerda; la tercera de *Les siete palabras* (MULIER, ECCE FILIOS TUIS), del mismo autor; las siempre aplaudidas overturas de *Le Jeune Henri* (la caza) y de *Le Roman d'Elvire*; y lo que nos interesa más, como amantes que somos de las producciones de nuestros compatriotas, una gran sinfonia en *Mi bemol*, de Marqués, una overtura de Carreras, un *schizzo* de Zubiaurre, y *Lamentos del esclavo* (escena americana), de Espadero. Marqués, Carreras y Zubiaurre son discípulos del Conservatorio de Música, hoy Escuela nacional.

El ilustre autor de *El hombre de mundo*, D. Ventura de la Vega, solía decir amenuado, para explicar la frialdad con que el público acoge ciertas obras que reúnen, al parecer, condiciones de buen éxito, que cuando asiste Don Tristón al teatro, nadie se fiverte y nada gusta.

El día que se ejecutó en el lindísimo Teatro-Circo de Rivas la magnífica y melodiosa sinfonia en *Si bemol* de Beethoven, dolió estar presente, á no dudarlo, el funesto personaje, el temible D. TRISTÓN.

¿Cómo se explica, si no, la indiferencia lamentable con que recibió el público una obra tan delicada, llena de ricas y sentidas melodías, con detalles sublimes de instrumentación y sin que ninguno de los cuatro tiempos de que se compone decaiga, ni por un momento, bajo ningún concepto?

Los pocos compases, *adagio*, que sirven de introducción, son nobilísimos y de un carácter altamente dramático: el *allegro vivace*, gracioso á la vez que brillante, y cuyo imponente *crescendo* será siempre un modelo acabado en su género para los compositores: el *adagio* es una maravilla: la melodía principal, delicada y sentida como la primera lágrima de amor, causa tal impresión en el alma que, sin apocibirse de ello, se asoma un dulce llanto á los ojos de quien la oye:

Et se non pianget, di che piangar sulet!

El tercer tiempo, ó sea el *allegro vivace*, se distingue por su originalidad y brío; y el contraste que forma la segunda idea, campestre y tranquila, con la primera, enérgica y franca, es del mejor efecto. El *allegro ma non troppo* empieza como queriendo remedar al bullicioso arroyuelo que serpentea y retoza entre sus aungas las flores, á quienes presta su clara y fresca linfa, en cambio de exquisitos aromas y delicados y variados colores que ellas gozosas le ofrecen. Todo es ameno en este tiempo, incluso ciertos pasajes fantásticos y ruidos. No creo que, sin degenerar en vulgaridades, bien sea en las ideas ó bien en la forma, se haya hecho nada más inspirado, más sentido, ni más naturalmente desarrollado y claro, que la sinfonia que nos ocupa en este momento.

Pues apesar de todo, la obra no gustó; y si hubo algún espectador inteligente que pidió la repetición del angelical *adagio*, su voz no halló eco en la glacial actitud de la generalidad del público.

Nosotros recordamos con gusto, que cuando bajo la dirección del malogrado y popular compositor, D. Joaquín Gaztambide, se ejecutó en los Campos Elíseos el *adagio* de esta sinfonia, el público pidió la repetición llevado del mayor entusiasmo, y fué una de las piezas que más gustaron entonces. ¿Por qué no ha obtenido el mismo resultado ahora?—No sabemos lo que pensará el Sr. Monasterio acerca de esto; pero deseáramos que no arrojara una de las creaciones más felices del Júpiter de la sinfonia á la mansión del silencio eterno, y que la volviéramos á oír el año que viene.

A los jóvenes compositores que se dedican al estudio de las obras maestras, les diremos con Danto, recomendándoles la sinfonia en *Si bemol*:

*«Oh voi che avete gi'Intelletti sani
Intrate la dottrina che s'asconde
Sotto il velame degli versi strani»*

¿Y qué pudiéramos decir de la *Sinfonia past oral*, ejecutada á petición del público en el séptimo concierto?

Los dulces y tranquilas sensaciones que se experimentan un hermoso día de primavera ante una campiña risueña y feraz; el inocente murmurar del trasparente arroyo; la franca alegría de los campesinos y sus rudas maneras; la tempestad, cuyos relámpagos y truenos iluminan y retumban en los valles de un modo pavoroso, y la calma que torna despues el regocijo á los agitados espíritus, todo está sentido prodigiosamente en esta obra inmortal de Beethoven. En presencia de astros de tal magnitud sólo nos es dado humillarnos:

«Al Massimo Fattor
che colle in lui,
del creator suo spirito,
più vasta orna stampar.»

En Italia suele decirse á los que aspiran á cultivar la poesía: *studia il Dante è sarai poeta*. Nosotros decimos á nuestros estudiantes de composición, que estudien las obras de Beethoven y llegarán á instrumentar con maestría y á dar vigor y variedad á sus composiciones.

Si, futuros compositores, estudias, estudias á Beethoven, que será alimentados—como Aquiles—con tustano de leon.

En las obras de Marqués, Carreras y Zubiaurre, se nota muchísimo la gran influencia que han ejercido ya, afortunadamente, en nuestra juventud, las obras clásicas de la escuela alemana que, de ocho años acá sobre todo, con tanta frecuencia y de una manera brillante se han ejecutado en los grandes conciertos de la Sociedad de profesores, por cuyo servicio en bien del arte no será nunca suficientemente elogiada esta artística corporación.

El señor Marqués nos dió en los conciertos de la primavera del año pasado una gran sinfonía compuesta en el género y proporciones de las clásicas, que todos saben el gran éxito que alcanzó, mereciendo el joven autor que le arrojaran una corona en premio de su buen talento y de su admirable laboriosidad. Este año nos ha dado otra obra de las mismas condiciones: una sinfonía en su *temo* dividida en cuatro partes. La 1.^a consta de un breve *andante assai* y un *allegro moderato*; la 2.^a de un *andante*; la 3.^a es un *scherzo*; y la 4.^a el *finale*.

Acometer la composición de una obra instrumental de tales proporciones, es acometer una empresa sumamente arriesgada. A quien no sucumbía en ella, casi puede calificarse de héroe. Mucho valor se necesita en efecto para escribir una gran sinfonía con sus cuatro tiempos desarrollados ampliamente, en esta época en que sin santas decoraciones y ricos trajes, ó corifeas que se distinguan por sus relevantes cualidades plásticas, no gusta la música al vulgo necio. Los que se dedican á producir esta clase de obras, tienen además la desventaja de que nuestra sociedad es enteramente distinta de aquella que conocieron Haydn, Mozart y Beethoven. Entonces, lo mismo en la casa de un simple particular que en la del noble baron, marqués ó príncipe, se rendía culto constante á la música instrumental, ya fuese en forma de trio, cuarteto, quinteto, sextimino ó sinfonía. Los tres ilustres autores que acabamos de citar, recibieron las primeras impresiones musicales en el humilde hogar paterno, donde, como se dice ahora, *hacían música* los miembros de sus respectivas familias. En una palabra; estaba en las costumbres de aquel tiempo, y era una necesidad, el cultivo de la música de cámara.

La creación de la sinfonía por Haydn puede considerarse como una consecuencia lógica del espíritu filarmónico que dominaba en su época. A medida que se perfeccionaban artistas y aficionados en la ejecución de los tríos y cuartetos, fueron aumentando el número de instrumentos, hasta llegar á la formación de la orquesta, para la que compuso el gran maestro sus obras divididas en cuatro partes, cuyo plan ha servido de modelo para los compositores sinfonistas que le siguieron.

Otros tiempos, otras costumbres.—La aparición de una nueva sinfonía á lo Haydn ó á lo Beethoven nos causa tanto extrañeza como el anuncio de una tragedia clásica escrita por un autor dramático moderno.—No es esta la época de las tragedias ni de las grandes sinfonías.—Nacen hoy para morir mañana.—La atmósfera que se respira es nociva para el productor y para el productor: éste se educa en la triste orfandad, y aquel sale á luz implorando la caridad en extraña tierra. Sin embargo de esto, siempre merecerán nuestros sinceros elogios los que, como el Sr. Marqués—marchando contra corriente—llegan con felicidad al puerto de sus nobles aspiraciones.

Siendo discípulos de nuestro Conservatorio de música, hoy Escuela nacional (como ya hemos dicho), los señores Marqués, Carreras y Zubiaurre, estamos imposibilitados para formar un juicio crítico acerca de sus obras, por considerarnos parte interesada, en atención á pertenecer nosotros al profesorado de las clases de composición de aquel establecimiento.

Nos permitirán, pues, nuestros lectores que recurramos al ilustrado crítico conocido con el pseudónimo de *Muley el Libero*, que aunque moro en el nombre, nos parece muy buen cristiano, para que haga la descripción y crítica de la sinfonía de Marqués, á quien la circunstancia de ser compositor español le hace acreedor á consideración tan señalada.

Ducla Muley el Abbas hace días en una de sus notables revistas:

«Esta nueva composición está formada por un *andante assai*, un *allegro moderato*, un *andante*, un *scherzo* y un *finale*.

«El *andante assai* no es sino una oportuna preparación del *allegro moderato*. Este tiempo comienza despues con un motivo de fuga, que exponen las violas y los violoncellos, contestando los segundos y los primeros violines y reproduciéndolos despues toda la orquesta, formando un *crescendo* muy bien dispuesto. Este es el motivo principal del tiempo en cuestion, que por su carácter severo da á la pieza un sabor paramente clásico. Sigue despues un episodio de menor importancia, pero que conduce insensiblemente á una melodía divina, que el clarinete ejecuta con tal delicadeza y verdadera pasión, que se asemeja á la voz de un ángel que nos habla de amor y llega dulcemente hasta el fondo de nuestros corazones. Con estos motivos juega el autor hasta la conclusión del tiempo, que la efectúa con el primer motivo; pero de una manera grandiosa, haciendo que los trombones desempeñen el canto, lo cual produce un efecto admirable.

«El *andante* empieza con una frase notable y hermosa sobre la cuarta cuerda de los violines, que va desarrollándose por todo el instrumento hasta llegar á una melodía tierna y apasionada, que interpretan los violines con la mayor perfección, repitiendo despues con más fuerza la primera frase para terminar en un *descrescendo*, tan oportunamente dispuesto, como magistralmente ejecutado.

«Este hermoso *andante* agradó tanto al público, que pidió su repetición con el mayor entusiasmo.

«El *scherzo* y el *finale* son dos piezas ligeras, pero de esmeradísimo trabajo, que en su género agradan tanto como los dos primeros tiempos de la partitura.

«Ahora bien: comparada esta sinfonía con la que el mismo autor nos dió á conocer el año pasado, es en mi concepto superior, por la mayor igualdad que hay en todos sus tiempos, por sus artísticas proporciones, y por su mejor instrumentación y su brillantez y sonoridad, circunstancias que demuestran los adelantos hechos por el autor en el género sinfónico.

«Reciba nuestros plácemes el joven compositor y no abandone la senda que con tanta fortuna ha emprendido, seguro de que alcanzará nuevos triunfos y su nombre llegará á figurar al lado del de los más reputados maestros.»

Carreras y Zubiaurre, el primero con su *ouverture* y el segundo con su *scherzo*, han demostrado, y esto es mucho, que si no les arredra el trabajo y el constante estudio de las obras maestras, podrán llegar con el tiempo á ocupar un puesto distinguido entre los buenos compositores.

Nosotros tenemos mucho gusto en felicitarles por haber merecido el honor de que sus composiciones se hayan ejecutado á la vez que las de los grandes maestros en las solemnidades artísticas que tienen lugar todos los años en el elegante teatro del paseo de Recoletos.

El señor Espadere, pianista cubano muy notable y muy aficionado á la composición, es el autor de *Lamentos del esclavo* (escena americana), obra escrita para piano y arreglada para orquesta por Monasterio, que se estrenó en los conciertos del año pasado.

La primera parte de esta composición es delicada, melancólica y elegante. La melodía confiada al oboe es graciosa y característica; y un pasaje *piangente* que desempeñan los primeros violines, que debe pintar tal vez los *Lamentos del esclavo*, aunque un sí es no es amañado, tiene novedad y distinción. Lo que no podemos apreciar del mismo modo es la parte que tiene un ritmo *builtable* y está instrumentada para producir un efecto rudo (que sí lo produce) y casi salvaje. ¿Será por ventura el momento en que el pobre esclavo sufre sobre sus desnudas carnes el látigo secudido con crueldad inhumana por su capataz ó dueño?... Terrible es el asunto; pero la manera de expresarlo nos parece también algo cruenta y tosca.

Siu ser lo que suponen sus entusiastas admiradores, el Sr. Espadere es un verdadero artista, en cuyas composiciones se encuentran rasgos bellísimos, melódicos y armónicos, y es lástima que la bondad del plan no correspondá á la bondad de las ideas.

En el cuarto concierto se ejecutaron el *adagio* y el *finale*, *presto* del cuarteto en *re* (obra 64) de Haydn, por todos los instrumentos de cuerda, y en el sexto la tercera de *Las siete palabras*, obra predilecta del mismo autor.

Eugenio de Sanay dice que la música de Haydn tiene la tranquilidad del justo; que es *sana* y que siempre da un buen consejo, á la par que deleita noblemente, y que se puede decir de ella con la Beatriz de Dante:

Venit...
Fidandomi nel tuo parlare onesto
Ch' onora te e quel ch' è dritto l'humano.

En las dos obras que acabamos de citar se prueba evidentemente la exactitud admirable de este juicio.

Una de las obras que se reprodujeron con creciente resultado fué la *ouverture de El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn.

La gran sinfonía de *Strawmée* obtuvo un éxito extraordinario. La orquesta hizo prodigios en esta obra.

Decir que el Sr. Monasterio demostró en todos los conciertos gran inteligencia, y que los profesores que están bajo su dirección no dejaron nada que desear, es repetir lo que todo el mundo sabe. Acabamos, pues, esta reseña, pasando por alto el ocuparnos de algunas *ouvertures*, ya muy conocidas de nuestro público por haberlas ejecutado repetidas veces la misma corporación, á la que felicitamos con entusiasmo por la gloriosa quinta campaña que ha hecho este año, con beneplácito de todos los amantes de la buena música.

Salud y buena fortuna.

ENRIQUE ARRISTA.

DON JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO.

Constantes en nuestro propósito de engalanar nuestra revista con los retratos de celebridades contemporáneas, faltáramos á nuestro deber si no nos apresuráramos á emborrugar, pues otra cosa no nos permite la falta de espacio, estos apuntes biográficos sobre la vida literaria, artística y política del Sr. D. Juan Valera, cuyo retrato verán nuestros lectores en el lugar correspondiente.

Si con la atención que se merece y atendiendo á la importancia literaria del Sr. Valera nos extendiéramos, como deseamos, en hacer el análisis de sus muchas producciones y, sobre todo, en fijar su personalidad entre nuestros escritores contemporáneos, no uno, sino muchos artículos necesitaríamos para darle á conocer exactamente. Dotado de una maravillosa memoria y de una asiduidad constante que originan en él gran erudición, considerado el Sr. Valera puramente como bibliófilo y hombre de saber, se puesto está entre los primeros. Pero estas dotes se aquilatan y suben de punto al considerarle revestidas de las formas del escritor, en cuyo concepto, á nuestro humilde juicio, no tiene rival el Sr. Valera, pudiéndose colocar su fácil, galana, certera, concisa y elegante prosa al lado de la de Malo por lo concreta, y de la de fray Luis de Granada por lo fácil y fluida. No es el estilo del Sr. Valera anticuado á modo de habitante del siglo XIX, que en día de Carnaval sale vestido con trusas y jubon, sin ocultar la tirilla inglesa ni el peinado de Prats. Lejos de buscar entre modelos anteriores un diafrax abigarrado y ridículo para sus escritos, el largo y detenido estudio que de ellos ha hecho, es sólo en sus obras el punto de partida, la fuente y origen característicos de nuestros idiomas para hablar y pensar á la moderna, sin recurrir á incomprendibles arcaísmos, ni reñeir giros y expresiones gráficas, encerrándolo todo dentro de la rica habla castellana, y obedeciendo á las eternas leyes del progreso, sin adular el antiguo ni anticuar lo nuevo.

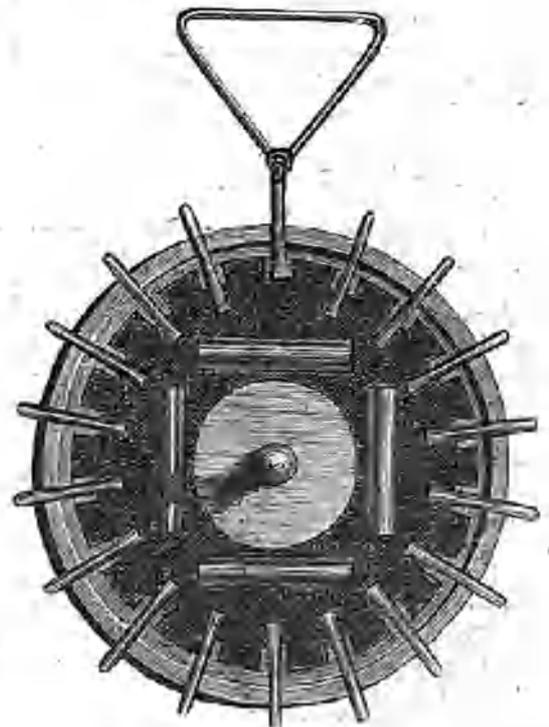
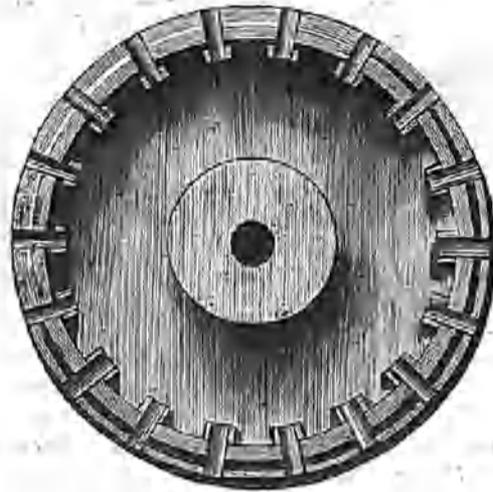
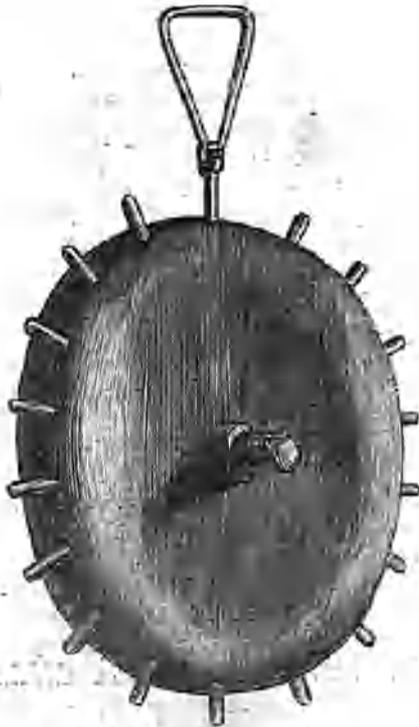
Tal es, á nuestro entender, la exclusiva personalidad del Sr. Valera entre nuestros escritores, cualidad rara, sobre todo, en hombres que se precian de eruditos y que lo son efectivamente. El Sr. Valera puede decirse que es el más fácil español de nuestros prosistas.

Pasemos ahora á dar una ligera biografía del original de nuestro retrato.

Nació D. Juan Valera en Cabra (provincia de Córdoba), el 18 de octubre de 1824, siendo los autores de sus días los Sres. Marqueses de la Paniega. Al nacer Valera, su padre D. José, antiguo oficial de marina retirado, se hallaba *imprescindido* por liberal, en cuya situación estuvo mucho tiempo, arraigándose en su hijo con el ejemplo doméstico los principios á que había de profesar culto toda su vida.

En edad apta para ello, estudió filosofía en el seminario conciliar de Málaga, y más tarde cursó leyes en Granada. Por entonces comenzó á escribir versos y á leerlos en el Liceo de dicha ciudad, publicándose algunos en los periódicos del año 41.

Terminados sus estudios, y siendo el Sr. Istúriz ministro de Estado, fué enviado á Nápoles, y al lado de nuestro gran poeta, el Duque de Rivas, de agregado sin sueldo, donde estuvo dos años y medio, con lo que dió principio á su carrera diplomática. Entregado á sus obligaciones literarias y al cumplimiento de sus deberes como empleado, continuó hasta el año 58 sin tomar parte en la política, siendo sucesivamente agregado con sueldo en



COMPLLOT CONTRA LA VIDA DEL EMPERADOR DE LOS FRANCESES.—BOMBA ROUSSEL, MITAD DEL TAMAÑO NATURAL.

Lisboa, secretario de la legacion de Rio Janeiro, donde pasó dos años cesante despues hasta el año 54, en el cual fué enviado por el Sr. Pacheco de secretario á la legacion de Dresde, volviendo á los diez meses á Madrid de oficial primero de la secretaria, donde permaneci6 hasta el año 58, en que electo diputado y queriéndose dedicar á la política con entera independencia, apesar de ser empleado de carrera, hizo dimision de su destino, y colocándose en el terreno liberal en que siempre ha figurado, hizo la oposicion del gabinete O'Donnell en el Congreso y form6 parte de la redaccion de *El Contemporáneo*, defendiendo en él, dentro del partido conservador, la legalidad del partido democrático, la libertad absoluta de imprenta, el reconocimiento del reino de Italia, y sosteniendo diaria y brillantemente polémicas profundas con los partidarios de la reaccion.

Diputado de la minoría conservadora liberal en el Congreso de los cinco años, sostuvo la proposicion para el reconocimiento del reino de Italia, que firmaron progresistas y demócratas.

Desde entonces ha venido figurando el Sr. Valera en la parte más avanzada de los partidos conservadores liberales, siendo con ésta tres las veces que ha sido diputado á Cortes.

A la caída del ministerio Narvaez, en el año 65, fué individuo de la comision para la nueva ley electoral, cuyo preámbulo redactó como secretario, siendo presidente el Sr. Rios Rosas (D. Antonio). A poco tiempo fué nombrado ministro plenipotenciario en Francfort, de cuyo destino hizo dimision al volver Narvaez al poder, continuando en la oposicion hasta el triunfo de Setiembre del 68, por la conciliacion de los tres partidos, con cuyo suceso entró á desempeñar la subsecretaría de Estado, hasta que hizo dimision con motivo de haber votado la candidatura del duque de Génova, que apesar de ser patrocinada por el Gobierno, era combatida por su partido; rasgo de delicadeza digna de la independencia y caballerosidad de su carácter.

Seria interminable la narracion de sus trabajos literarios.

Escribió en *El Estado* y en otros periódicos políticos artículos de crítica, costumbres, etc.

El año 56 contribuyó principalmente á la fundacion de una revista, llamada *Peninsular*, que los literatos portugueses Caldeira, Latino Coelho y otros, ibéricos entonces, publicaron unidos con varios escritores españoles para hacer propaganda y preparar los ánimos á la Union Ibérica.

Ademas ha escrito en muchos periódicos de literatura y algo en dos satíricos, *El Ócena* y *La Malva*.

Extendido en justo renombre en los círculos públicos y literarios, entró en la Academia Española en 1862, donde desde entonces ha leído muchos notables discursos, siendo entre todos un verdadero modelo de estilo, rica dición y profundos conocimientos, uno *Sobre el Quijote* y *las diversas maneras de contentarle*.

También merecen citarse sus dos discursos contestando á los de los Sres. Cánovas y Canalejas al ingresar estos señores en la Academia.

El año de 1858 publicó un tomo de poesías líricas,

modelo de forma, precedido de un prólogo debido á la pluma de D. Antonio Alcalá Galiano.

Poco tiempo despues vieron la luz pública dos tomos en que se hallan coleccionados sus mejores artículos políticos y literarios, intitulado *Estudios críticos*.

Hay una clase de trabajos en que el Sr. Valera es inimitable. Nos referimos á sus traducciones en verso ó prosa, ya de los clásicos, ya de poetas contemporáneos. La posesion en que se encuentra de su patrio idioma, el dominio que en la forma ha llegado á adquirir, el profundo conocimiento de idiomas extraños, á lo que le han ayudado un poco sus continuados viajes y estancias en diversas capitales de Europa, no sólo le dan una facilidad no comun para esta índole de empresas, sino que le permiten salir de ellas airoosamente para su fama, y de una manera provechosa para nuestra lengua.

Prueba de nuestro aserto es la preciosa traduccion que del libro del baron Shack, *Poesías de los Arabes de España y de Sicilia*, ha hecho, y de la cual lleva publicados dos tomos.

Actualmente colabora el Sr. Valera en *La Revista de España*, donde ha publicado notables artículos, y recientemente uno sobre Fichtenrath, célebre literato alemán, y otro titulado *Crematística*, el primero sorprendente de erudicion, el segundo humorístico, galano y culto como pocos.

También ha explicado algunos domingos en la Universidad un breve resumen de *la historia de las religiones politeístas en los antiguos pueblos de Europa*, donde se trata el asunto con arreglo á los adelantos modernos, se divulgan noticias que, aunque muy en compendio, son curiosas é interesantes.

Aunque sin detenimiento ni análisis de las obras del escritor, con lo dicho basta para dar una ligera idea de una vida laboriosa, independiente y digna.

Hoy el Sr. Valera se honra con el cargo de diputado constituyente, habiendo sido elegido hace poco presidente de la comision que ha de emitir dictamen sobre el arreglo en las carreras del Estado, para cuyo desempeño reúne condiciones especiales.

Nada diremos en estas columnas del hombre político. En cuanto al literato, al hombre de estudio, toda alabanza seria poca, porque hombres como el Sr. Valera son la gala y la ufanía de los que somos sus modestos compañeros.

R. C.

MADRID MODERNO.

PALACIO DEL DUQUE DE UCEDA.

Uno de los caracteres distintivos de nuestra época es el afán de las innovaciones. A este movimiento que en París engendró la fiebre demolidora que ha hecho célebre al prefecto Hansuran, obedecen, en mayor ó menor escala, todos los países. Al dejar el siglo XIX su herencia al que ha de sucederle, sólo se conocerán las princi-

pales poblaciones de Europa por el punto topográfico que ocupan en el mapa. Por fortuna, y para consuelo de sus habitantes, lo que las poblaciones pierden en carácter, originalidad y recuerdos, lo ganan con creces en salubridad, amplitud y esa especial belleza que resulta de la idea de lo útil combinado con lo agradable. Madrid se encuentra en este caso. Ha hecho bien el *Curioso Parlante* en dejarnos retratados en un libro, merced á su pluma, que así consigna ideas como pinta cuadros completos de color y forma, la fisonomía del antiguo Madrid, que tan rápidamente desaparece de nuestros ojos. A no ser así, pronto perderíamos hasta su recuerdo. De tal modo se transforma y muda.

No hace muchos años que entre el paseo de la Fuente Castellana y el Salou del Prado existia, en el punto que se conoce con el nombre de Recoletos, una especie de solucion de continuidad del Madrid elegante.

La fuente de Cibales con un triple cinturón de cubas y aguadores se destacaba apenas sobre una pared ruinosa y mezquina; el Pósito con su fachada polvorista y oscura se alzaba al lado de un callejón formado por la tapia de las Salesas, cuyos cipreses altos y oscuros saliendo por cima de las copas raquíticas de algunos pocos árboles viejos retorcidos y deformes, daban sombra á la antigua puerta de Recoletos, cuyas líneas monumentales descomponian por un lado el edificio destinado á escuela de Veterinaria, y por otro tres ó cuatro miserables casuchas adosadas al monumento.

El municipio, constante en su idea de embellecer la poblacion, fijó al cabo sus ojos en este punto, y secundado por el esfuerzo de los particulares, se derribó aquí, se edificó más allá, se movieron terrenos, se trasplantaron árboles y en pocos años lo que ántes era camino lóbrego y fangoso, cercado de tapias oscuras y edificios de triste aspecto, se convirtió en magníficos paseos bordados de jardines y palacios que se prolongan hasta el obelisco de la Castellana, meta colocada al extremo del espacio en que se agita el mundo elegante.

Entre estos palacios modernos, uno de los más notables por sus proporciones, el lujo desplegado en su construcción y la completa idea que por él puede formarse del gusto dominante en la arquitectura urbana de nuestra época, es del duque de Uceda, del cual ofrecemos un exacto dibujo en nuestras columnas.

NOBLE CABALLO DE LA PROPIEDAD

DEL SEÑOR MARQUÉS DE VALLE UMBOSO.

Decididos á dar cabida en nuestras columnas á cuanto puede excitar la curiosidad ó el interés del público, ofrecemos hoy la reproducción de una fotografía hecha por el Sr. Laurant, del caballo Noble, que por sus inmejorables cualidades de raza y estampa, está llamando la atencion de los inteligentes.